

LA REBELION DE LOS TOPOS

Adam Surray

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



LA REBELION DE LOS TOPOS

Adam Surray

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

628 — Los simbiontes, *Lou Carrigan*

629 — El enigma de Urtala, *A. Thorkent*

630 — Los módulos mortíferos, *Ralph Barby*

631 — Una mujer llamada «Eterna», *Curtis Garland*

632 — Cautivos de la reina Thala, *Joseph Berna*

ADAM SURRAY

LA REBELIÓN DE LOS TOPOS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 633

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA BOGOTA BUENOS AIRES CARACAS MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 26.899-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1982

2.ª edición en América: marzo, 1983

imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N—152, Km 21.650) Barcelona — 1982

CAPITULO PRIMERO

La mujer era joven.

De unos veinte años de edad. Pelo castaño, muy corto. Acentuando el óvalo de su rostro. Ojos también oscuros. De profunda mirada. Una muchacha de singular belleza, aunque sus facciones parecían veladas por tenue tristeza.

Su cuerpo era perfecto. Ceñido por seductor dos piezas. Peto y short en dorada fibra metalizada. Al descubierto la franja de su cintura. El delicioso hoyuelo del ombligo, adornado por diminuta estrella plateada. Piernas de largos y esbeltos muslos. Botas de altas cañas hasta cubrir la rodilla.

—¿Qué decides, Keenan?

Keenan Arnold estaba tumbado en el sofá.

Con un cigarrillo humeando en los labios.

Los ojos entreabiertos y perdidos en un indefinido punto del techo del salón. Ladeó la cabeza. Fijando ahora la mirada en la muchacha.

—¿Decidir? ¿A qué te refieres, Gladys?

El rostro de Gladys Gillis reflejó un instintivo mohín.

—Demasiado lo sabes, Keenan. ¿Piensas acompañarme o no?

Keenan Arnold se incorporó quedando sentado en el sofá.

Sonrió.

Era un individuo también joven. Próximo a cumplir los treinta años de edad. Rostro de correctas facciones. Con rebelde y ensortijado cabello que le caía despreocupadamente sobre la frente. Complexión atlética. Su vitalidad parecía desmentida por los ademanes lentos y cansinos. Una indolencia que se acusaba también en el cínico brillo de sus ojos grises.

—¿Acompañarte? Creí que íbamos a pasar aquí la velada. En mi apartamento.

La muchacha ahogó un suspiro.

Sus juveniles senos tensaron la fibra del peto modelándose provocativamente.

—Muy bien, Keenan. Debí imaginarlo. Buenas noches.

—Vas a cometer una tontería, Gladys. Y muy peligrosa.

Gladys se había inclinado hacia uno de los muebles para coger una capa de terciopelo negro. Se la acopló sobre los hombros.

—Te equivocas, Keenan. Tuyo es el error. El gobierno de la V Autocracia nos está engañando. Y son ya muchos los años de engaño. Yo nací aquí, en California Sub-4, y no quiero morir sin ver el sol, el cielo, las estrellas…

El cínico brillo desapareció de los ojos de Arnold.

Endureció las facciones.

—Te están utilizando, Gladys. Un grupo de fanáticos te está utilizando. A ti y a otros muchos incautos como tú. ¿El sol, el cielo, las estrellas…? ¡Al diablo con todo ese romanticismo barato! También yo nací en California Sub.

—¿Y no sueñas con las caricias del sol, con un cielo azul, en contemplar el parpadear de las estrellas, el respirar un aire puro, limpio…, escalar montañas, ríos, valles de verde hierba que…?

La burlona carcajada de Arnold interrumpió a la muchacha.

—Todo eso lo has visto en los videos clandestinos y en los videolibros prohibidos editados por los Libertadores, ¿verdad? Te hacía más inteligente, Gladys. Hace ya muchos años que la Tierra dejó de ser un paraíso. El sol, ese sol que tú tanto admiras, fue también uno de los causantes del caos. No el principal culpable, pero sí uno de ellos.

—El culpable fue el hombre.

—Oh, sí…, por supuesto. Lo sé. No es un secreto que el hombre es culpable de su retorno a las cavernas. La producción de energía hace que el sol disminuya su tamaño en cuatro millones de toneladas por segundo. Sólo un tres por ciento de esa energía solar alcanza la Tierra directamente. Y llegó un momento en que no fue suficiente para la Tierra.

—Ello fue motivado por el hombre, Keenan. La alteración ecológica en aumento, la enloquecida actividad humana, la contaminación

suicida, las guerras, la destrucción de bosques... Todo ello afectó al aire que respiramos. El contenido de oxígeno en la atmósfera llegó a ser tan bajo y tan alta la producción de anhídrido carbónico, que la humanidad comenzó a agonizar víctima de una asfixia por ella originada.

Arnold asintió.

Con una sonrisa.

—Correcto, Gladys. Nuestro planeta está rodeado por una zona llamada biosfera. Consistente en una esfera de oxígeno, agua y otras sustancias químicas que hacen posible la existencia de seres vivos. Se rompió el equilibrio de la biosfera y todo se fue al diablo. Y el hombre, obligado a retornar a las cavernas. À vivir en ciudades subterráneas.

—Eso ocurrió hace muchos años, Keenan. Ya el gobierno de la I Autocracia prometió que se regresaría a la superfìcie. Mi padre me lo contó. El en aquel entonces era un niño. Cuando se construyó California Sub. Ahora ya hay moradores en California Sub-7. ¡Y se habla del proyecto de California Sub-8! ¿Qué hay de las reiteradas promesas de regresar a la superficie? ¡Nada! Sólo eso. ¡Promesas!

—Ya se está habitando en la superficie, Gladys.

—¿Quién? ¡Los elegidos por la V Autocracia!

—Te equivocas. Son científicos, investigadores, arquitectos, ecologistas... Se requiere mucho esfuerzo, físico, económico e intelectual, para hacer que nuestro planeta sea de nuevo habitable en su superficie.

—Tú sí eres el ciego, Keenan. No quieres ver la realidad. No recibimos más que promesas incumplidas. California Sub, Nevada, Sub, Texas Sub... Todos condenados a vivir en ciudades subterráneas. Como topos. Jamás saldremos a la superficie! Jamás mientras estemos gobernados por Autocracia!

—De eso se trata, ¿eh? Los Libertadores quieren el poder.

—Vuelves a equivocarte. Sólo, queremos una cosa. Libertad. Salir de las madrigueras.

—¿Madrigueras? Habitamos ciudades maravillosas, Gladys. Modernas. Tienes que reconocerlo. Jardines, parques, fuentes, iluminación que en nada envidia a la del astro rey...

—Artificial. Todo artificial, Keenan. Somos como topos. No queremos aire acondicionado, sino respirar en plena Naturaleza. Volver al medio ambiente de nuestros antepasados.

—Tú lo has dicho, Gladys. Nuestros antepasados. Olvídalo. Estaremos siempre bajo tierra.

—¡Nos lo prometieron, Keenan! ¡Nos lo prometieron! — exclamó la muchacha con nublados ojos—. ¡Prometieron que volveríamos a la superficie! Dieron un plazo… Cincuenta años… Cincuenta años para que de nuevo se purificara el planeta. Y no lo han cumplido, Keenan. La V Autocracia incrementa los impuestos, obliga a una mayor jornada laboral, pide sacrificios a la población, asegura que pronto se realizará el prometido éxodo…; pero es mentira. Dedican gran parte del presupuesto a la fabricación de armas para dominar al pueblo. Sólo están acondicionando ciudades en el exterior para albergar a unos pocos. A los elegidos. Los demás seguirán aquí… y yo quiero… yo quiero…

La voz de Gladys se quebró.

Rota por ahogados sollozos.

Keenan Arnold se incorporó del sofá aproximándose a la muchacha. Abarcando entre sus manos el rostro femenino depositó un beso en labios de Gladys.

—Tampoco yo debo ser muy inteligente, pequeña. Me equivoqué contigo. Te hacía una muchacha alegre, despreocupada, sin problemas… Al menos juntos. Y te descubres como una entusiasta de los Libertadores.

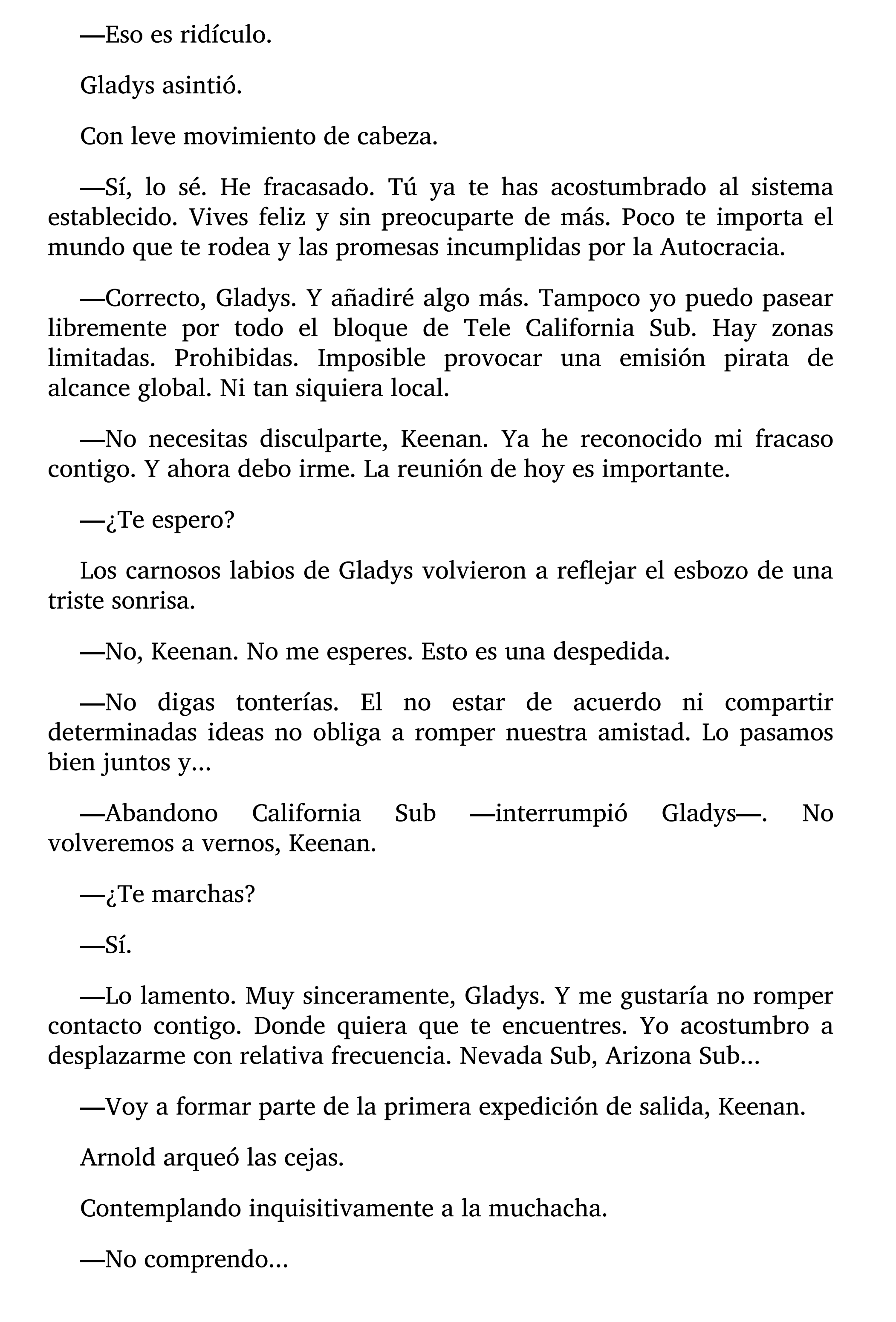
Los nublados ojos de Gladys habían dejado escapar dos gruesas lágrimas que surcaron las mejillas de la joven.

Esbozó una sonrisa.

—Debo…, quiero confesarte algo, Keenan. Nuestro encuentro en ese erosclub no fue casual. Los Libertadores me encomendaron la misión. Ganarte para nuestra causa.

—¿A mí?

—Sí, Keenan. Tú eres uno de los ingenieros de vídeosonido en Tele California Sub. Puedes deambular por el bloque sin problemas. Tenía que convencerte para que provocaras una emisión pirata. Una proclama a la población. Tan sólo dos minutos. En una de las emisiones de alcance global. Con todas las cadenas de Sub USA en



conexión.

—Eso es ridículo.

Gladys asintió.

Con leve movimiento de cabeza.

—Sí, lo sé. He fracasado. Tú ya te has acostumbrado al sistema establecido. Vives feliz y sin preocuparte de más. Poco te importa el mundo que te rodea y las promesas incumplidas por la Autocracia.

—Correcto, Gladys. Y añadiré algo más. Tampoco yo puedo pasear libremente por todo el bloque de Tele California Sub. Hay zonas limitadas. Prohibidas. Imposible provocar una emisión pirata de alcance global. Ni tan siquiera local.

—No necesitas disculparte, Keenan. Ya he reconocido mi fracaso contigo. Y ahora debo irme. La reunión de hoy es importante.

—¿Te espero?

Los carnosos labios de Gladys volvieron a reflejar el esbozo de una triste sonrisa.

—No, Keenan. No me esperes. Esto es una despedida.

—No digas tonterías. El no estar de acuerdo ni compartir determinadas ideas no obliga a romper nuestra amistad. Lo pasamos bien juntos y…

—Abandono California Sub —interrumpió Gladys—. No volveremos a vernos, Keenan.

—¿Te marchas?

—Sí.

—Lo lamento. Muy sinceramente, Gladys. Y me gustaría no romper contacto contigo. Donde quiera que te encuentres. Yo acostumbro a desplazarme con relativa frecuencia. Nevada Sub, Arizona Sub…

—Voy a formar parte de la primera expedición de salida, Keenan.

Arnold arqueó las cejas.

Contemplando inquisitivamente a la muchacha.

—No comprendo…

—Vamos a investigar en esas ciudades que la V Autocracia está construyendo en la superficie. Vamos a conocer el mundo fuera de las cavernas, Keenan. Yo ya no regresaré.

—¡Estás loca! Nadie ha conseguido jamás salir al exterior. Nadie ajeno al Control Tierra Nueva. Son los miembros de CTN, esos que tu fanatismo llama elegidos, los que están en la superficie estudiando los medios para el regreso definitivo al exterior.

—Nos están engañando, Keenan. Y tú lo sabes. Llevan años y años burlándose de nosotros. Demorando una y otra vez el momento del retorno a la superficie. La atmósfera ya es respirable. Ya se ha purificado de nuevo. ¿A qué esperan? ¿Por qué no salimos de las cavernas? No, Keenan... Control Tierra Nueva quiere formar un grupo de élite. Un grupo designado por la V Autocracia. Ellos serán los que salgan. Los restantes continuaremos aquí. Como topos. Y no vamos a consentirlo. Los Libertadores han conseguido una vía de acceso a la superficie.

—Toda vía de salida está supercontrolada. Por sofisticados mecanismos de seguridad y por una legión de polirrobots difícilmente sobornables. Todo un sistema dirigido y programado desde la Cámara Seguridad California Sub. Y ni tan siquiera el mismísimo Gene Shatner, presidente de la V Autocracia, puede deambular libremente por la Cámara Seguridad. Aquello es una fortaleza. Un castillo inexpugnable. Más de un imprudente ha perecido desintegrado por aproximarse a las zonas prohibidas que limitan los bloques de Cámara Seguridad California Sub.

—No me dices nada nuevo, Keenan.

Arnold sonrió.

Burlón.

—¿Quieres hacerme creer que tu grupo de fanáticos ha conseguido penetrar en la Cámara Seguridad?

Gladys se ciño el cordón de la capa.

—Adiós, Keenan.

—Te visitaré en prisión, pequeña.

La muchacha, ya junto a la puerta modular del salón, giró hacia Arnold. En el rostro femenino se dibujó una abierta sonrisa.

—Lo dudo, Keenan. Yo voy a la superficie. Tú sí quedas en una

prisión. Entre topos y ratas.

CAPITULO II

El Prune estaba aparcado frente al 771 de Sali Road. Un auto pequeño. Biplaza. De techo en vidrio térmico coloreado.

Gladys se acomodó frente al volante del auto.

Esperó unos minutos. El tiempo de encender y fumar un cigarrillo. Con la mirada fija en la puerta de entrada al edificio.

Con una resignada mueca inició la marcha del Prune.

Por un momento mantuvo la esperanza de ver aparecer a Keenan Arnold, pero terminó por reconocer definitivamente su fracaso.

El auto circuló por Sali Road. En dirección a una de las plataformas de descenso de rotondas. Fue en el McRae Avenue, Rotonda AM, donde enfiló el túnel en dirección a Barrio Ross. Todo ello sin salir de la ciclópea Cúpula S4".

El tráfico era bastante intenso.

Todos los servicios de plataformabus y tubotren a rebosar. Plataformas, pasillos deslizantes y túneles móviles en máximo funcionamiento. Había finalizado la larga jornada laboral. Era el momento de regresar al hogar.

Gladys no iba camino de su apartamento.

La cita era en el 133 de Rich Street. Rotonda BS. También bajo la gigantesca Cúpula S4.

Estacionó el auto.

Al descender del vehículo descubrió, al otro lado de la calzada, la siniestra figura de un DCS.

Era un «alacrán».

Así denominaban los Libertadores a los oficiales del Departamento Control Seguridad.

Un súbito escalofrío se apoderó de Gladys.

Era habitual la presencia de agentes del DCS patrullando por California Sub. Con su satinado uniforme negro. El casco plateado. Manos enguantadas. Botas altas. Con el reglamentario revólver multifuego y la porra eléctrica.

Más difícil de ver era un oficial del Departamento Control

Seguridad.

Sólo para realizar misiones especiales o dirigir a una patrulla de agentes.

El oficial del DCS también lucía satinado uniforme negro. El casco, a diferencia de los agentes, era una especie de gorro de fibra especial. Sumamente protectora. También en color negro. El cinturón, repleto de cartucheras cilíndricas y rectangulares. En la funda una pistola de cañón segmentado. A la izquierda, igualmente en su correspondiente funda, un tubo lanzagases. Las manos también enguantadas.

Gladys quedó unos instantes inmóvil.

Con la mirada fija en el oficial del DCS. Este permanecía apoyado en uno de los árboles de alumbrado. De espaldas a Gladys. Frente a la blindada vitrina de una joyería.

Gladys, tras aquellos instantes de temor, reaccionó sacudiendo la cabeza. Agitando sus cabellos. Reconociendo su absurdo miedo. El estar vinculada a los Libertadores le hacía ver peligrosos por doquier.

Encaminó sus pasos hacia uno de los tuboelevadores exteriores del edificio.

Abandonó la cabina al llegar a la quinta planta. Después de recorrer un semicircular pasillo se detuvo frente a la puerta señalizada con las siglas 6BF-1.

Pulsó el llamador.

La puerta se abrió a los pocos segundos. Automáticamente. Y también volvió a cerrarse tras el paso de la muchacha acoplándose de nuevo los cierres de seguridad.

Gladys pasó del reducido living al contiguo salón.

Allí era la reunión.

El rubio Karl Ritter manipulaba en el microprogramador doméstico. Desde allí, y mediante el videovisor, había identificado al visitante franqueando la puerta.

— Adelante, Gladys. Ya sólo falta Dany Ireland.

Gladys sonrió.

Contemplando a los presentes.

Karl Ritter, Ralph Benson, Lou Perryton y Leila Ruston. Todos ellos jóvenes. Con edades comprendidas entre los veinte y treinta años. Ese era el prometido de los Libertadores. Hombres y mujeres jóvenes que no se resignaban a vivir en madrigueras. Los conocimientos que tenían del sol, la luna, las estrellas, el mar… era por referencias de los ancianos. Y éstos apenas mantenían nítidos sus recuerdos. También contaban con los videos clandestinos. Viejas cintas de videoaudio adoradas como verdaderas reliquias. Películas de un mar embravecido, de un cielo estrellado, del encuentro de un sol rojizo a su cita con el horizonte, el verde de los bosques, el viento acariciando el zacatón en los valles…

Los Libertadores no querían referencias ni imágenes.

Querían verlo con sus propios ojos.

—Buenas noches a todos —dijo Gladys, despojándose de la capa—. Es extraña la ausencia de Dany. Es siempre muy puntual.

Ralph Benson estaba junto al mueble bar.

Con un vaso de whisky en su diestra.

—No resulta extraña la ausencia de Keenan Arnold. No has podido con él, ¿eh, Gladys? Lástima de tiempo perdido con ese bastardo. Y encima ha sacado jugo de los encantos de Gladys.

—No seas grosero, Ralph —sonrió Leila.

Gladys también esbozó una sonrisa.

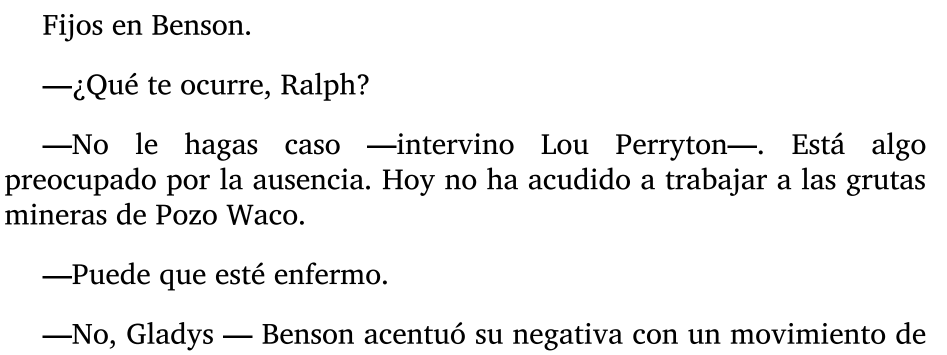
—Reconozco mi fracaso. Keenan es un cínico. Tiene un gran corazón, pero sin duda lo reserva para las grandes ocasiones. Considera a nuestro grupo condenado al fracaso.

—¿Al fracaso? —respingó Karl Ritter—. ¡En todos los Sub USA laten grupos de Libertadores! Por supuesto que se nos considera débiles. No utilizamos la violencia… por el momento.

—Keenan vive rodeado de comodidades —siguió Gladys, tomando asiento junto a Leila —. Con su buen sueldo de funcionario de Tele California Sub. De ahí que no comprenda ni comparta nuestras ideas. ¿Por qué salir al exterior? ¿Para qué? El está bien aquí.

—Lo dicho. Un bastardo.

Gladys empequeñeció los ojos.



Fijos en Benson.

—¿Qué te ocurre, Ralph?

—No le hagas caso —intervino Lou Perryton—. Está algo preocupado por la ausencia. Hoy no ha acudido a trabajar a las grutas mineras de Pozo Waco.

—Puede que esté enfermo.

—No, Gladys — Benson acentuó su negativa con un movimiento de cabeza—. Antes de acudir aquí pasé por el habitáculo de Dany. Su madre le despidió esta mañana con toda normalidad. También ella está muy preocupada.

Karl Ritter se encaminó también al mueble bar.

Tomó un trípode de hoja de aluminio conteniendo zumo de naranja.

—No hay que inquietarse, Ralph. Tú no trabajas en la misma galería que Dany. Y nos consta que no es la primera vez que falta al trabajo. Acostumbra a cambiar su día libre con otros compañeros. No tiene día fijo. El no encontrarte con él en los comedores de Pozo Waco no es motivo de alarma. Tal vez sea hoy su día de asueto.

—Yo soy pesimista.

Ritter tiró de la anilla del trípode bebiendo un largo trago.

Hizo una mueca.

—No me lo jures, Ralph. Y resulta contagioso. Hasta me haces sentir amargo el zumo de naranja.

—Eso es basura sintética, Karl —rió Lou Perryton—. Como todos los alimentos hidropónicos o fabricados artificialmente. Dentro de poco tal vez corramos por entre naranjos de verdad. Dorados por el sol y regados por lluvia natural. California fue una tierra rica en naranjas. Al menos así consta en la historia. Puede que lo siga siendo.

—Y si no es así, nosotros lo conseguiremos —dijo Leila—. ¿No es cierto, Gladys?

—Seguro. ¡Oh, Dios mío! Apenas puedo creer en esa posibilidad de salida, Karl. ¿Estás convencido de que dará resultado?

— Vamos a despejar dudas muy pronto, amigos. Estoy seguro de...

El estruendo ahogó la voz de Ritter.

Procedente del living.

La puerta de entrada al apartamento había sido violentamente abatida. Saltados todos los cierres de seguridad. Un enorme boquete humeante se dibujó sobre la blindada hoja.

Desde el abierto salón presenciaron la llegada de los cinco individuos.

Agentes del Departamento Contro Seguridad.

Capitaneados por un oficial.

El mismo que viera Gladys frente a la joyería.

El primero en entrar fue un agente del DCS portando un rifle con bocacha. De cañón todavía humeante. Un potente rifle cuya capacidad de acción había quedado demostrada en la destrozada puerta.

Fue el oficial del Departamento Control Seguridad quien se adelantó hacia el salón. Con su reglamentario revólver multifuego en la diestra.

Karl Ritter se había precipitado hacia uno de los cajones del mueble principal. Llegó a abrirlo. Tan sólo eso. Ni tan siquiera consiguió rozar la pistola allí escondida.

Surgió el fogonazo.

Del arma empuñada por el oficial.

El revólver multifuego accionado para su máxima capacidad destructora. De ahí que el cuerpo de Karl Ritter quedara destrozado. Acusando el brutal impacto del multiproyectil explosivo. Cayó reventado. Desmembrado. Salpicando de sangre y restos humanos todo el mueble.

— ¡No dispare! —gritó Ralph Benson, alzando las manos—. ¡No dispare!

Lou Perryton también había levantado los brazos de inmediato.

Gladys y Leila se abrazaron temblorosas.

El oficial del DCS sonrió.

Fríamente.

Era un individuo alto. Delgado. De unos cuarenta años de edad. De piel blanquecina que contrastaba con la negra vestimenta del uniforme. Ojos hundidos. La nariz afilada. Labios muy finos, casi inexistentes.

Era el brillo de sus ojos lo que más destacaba de su blanquecino rostro.

Un destello marcadamente cruel.

Sádico.

Y acentuó la sonrisa al accionar de nuevo el disparador del revólver. Enfocando el cañón hacia Ralph Benson. Este realizó un macabro salto al ser alcanzado por el multiproyectil. La cabeza le fue arrancada de cuajo. El pecho destrozado. Los brazos cercenados…

Leila se separó de Gladys comenzando a gritar histérica.

También Lou Perryton gritó alucinado.

—¡No dispare más! ¡No tenemos armas! ¡No…!

De nuevo el revólver del oficial vomitó fuego.

Su mortífera descarga silenció para siempre a Perryton.

Leila, enloquecida por el terror, corrió hacia el ventanal del salón pugnando por abrir uno de los módulos.

El oficial del DCS rió divertido.

—Ayudad a la muchacha. Hay que ser galantes con las damas.

Tres de los agentes se adelantaron. Uno de ellos maniobró en uno de los módulos del ventanal hasta lograr abrirlo. Sus dos compañeros habían sujetado a Leila por los brazos.

Desviaron la mirada hacia el oficial.

En espera de órdenes.

El oficial movió afirmativamente la cabeza.

Y los dos agentes del DCS alzaron a Leila por las axilas precipitándola por el hueco del ventanal. Arrojándola al vacío.

El alarido de Leila se confundió con el de Gladys.

—¡Asesino! ¡Asesinos!

Gladys corrió furiosa hacia el oficial.

Con los puños en alto.

El miembro del DCS que permanecía junto al oficial se interpuso para proteger a su superior. En su diestra una porra eléctrica. La alzó amenazador.

—Un momento —intervino el oficial, contemplando fijamente a Gladys—. Yo me encargaré de ella. Registrad el apartamento. Palmo a palmo.

El individuo avanzó hacia Gladys.

Con el rostro desencajado en cruel mueca. Acentuando el siniestro y sádico fulgor de sus pupilas. Mostrando los dientes en cínica sonrisa.

—Tú vas a recibir un tratamiento especial, nena.

—¡Sucio hijo de perra!

Gladys tendió sus manos hacia el rostro del oficial.

Con los dedos engarfiados.

Dispuesta a arrancarle los ojos.

Fue fácil para el individuo esquivar la acometida femenina. Correspondió con un brutal y violento trallazo al rostro de Gladys. Haciéndola caer aturdida.

—Dame tu porra, agente. Tal vez la necesite para tomar a esta gata salvaje.

El oficial ayudó a Gladys a incorporarse.

La empujó hacia el corredor.

Gladys hizo ademán de huir por la destrozada puerta del apartamento, pero su intento resultó vano.

La enguantada mano del oficial la aferró por los cabellos tirando violentamente.

Arrastró a Gladys por el pasillo.

Hasta la primera puerta del corredor.

Uno de los dormitorios del apartamento. De mobiliario abatible y paredes dotadas de electroluminescencia. Un televisor mural se

emplazaba frente al circular lecho. Junto a un transparente mueble bar.

—No está mal la pocilga de tu amigo Ritter —rió el individuo empujando a Gladys sobre el lecho—. Permite que me presente… Soy Sean Crichton, primer oficial del Departamento Control Seguridad. A ti ya te conozco, Gladys; aunque sólo por referencias de mis agentes. Ahora voy a conocerte mejor. Mucho mejor…

El oficial se había aproximado a la muchacha.

Lo suficiente para que Gladys le escupiera en el rostro.

El blanquecino rostro de Sean Crichton se tornó casi cadavérico. No borró la sonrisa de sus labios. Ni eclipsó el brillo de sus ojos.

—Perfecto, nena… Así es mejor. No me gustan las cosas fáciles.

Crichton manipuló en el segmentado mango de la porra eléctrica. Fue acortando intensidad hasta reducirla al mínimo.

Y acto seguido descargó la barra en Gladys.

Sobre su seno izquierdo.

La joven gritó de dolor al recibir el latigazo. Aún persistía el eco de su alarido cuando acusó un segundo trallazo.

También en el pecho.

La porra electrizante subió y bajó vertiginosa. Una y otra vez. Golpeando brutalmente a Gladys. Ahora en sádico recorrido por el cuerpo femenino. Rostro, pecho, vientre, muslos…

El oficial del DCS comenzó a jadear.

Con el rostro congestionado y los ojos llameantes.

—¿Ya tienes suficiente, furcia?

Gladys no respondió.

Semidesvanecida.

Con el cuerpo flagelado por lacerantes moretones.

La carcajada de Sean Crichton llegó lejana a la muchacha. Como procedente del más profundo de los pozos.

—Sí…, seguro que ya es suficiente. Lo de ahora te resultará más

agradable, nena.

Gladys tenía los ojos cerrados.

Los entreabrió.

Percibió como el individuo se incorporaba. Borrosamente. Como una sombra. No siguió los difusos movimientos de Crichton, pero escuchó el sonido del cinturón cartuchera al caer al suelo.

Y a los pocos segundos acusó el peso del individuo.

El repulsivo contacto de sus labios.

Las frías y húmedas manos de Sean Crichton, libres ya de los guantes, acariciaban con brutalidad el cuerpo femenino.

Sus obscenas palabras.

El metalizado peto que cubría los senos de Gladys fue violentamente desgarrado. También el short.

La muchacha no ofreció resistencia alguna. Quiso moverse. Rechazar al individuo. Lo intentó una y otra vez. Sin que sus brazos respondieran. Ni tan siquiera logró mover los dedos de las manos.

Pero más tarde la carcajada del oficial del DCS resonaba con fuerza en la habitación.

—¿Y bien, nena? ¿Qué te ha parecido?

Gladys yacía inerte. Los ojos cerrados. Los labios fuertemente apretados. El rostro bañado en lágrimas de dolor, impotencia y humillación. Los brazos en cruz. Las piernas brutalmente abiertas.

Gladys no pudo percibir la sádica mirada del individuo.

Fija en los muslos femeninos.

Sean Crichton se había incorporado atrapando la porra eléctrica. Maniobró en los segmentos. Ahora dando la máxima potencia electrizante. Una descarga mortal.

Rió desaforadamente.

Volcándose sobre Gladys.

El desgarrador alarido de la muchacha se confundió con la sádica carcajada de Sean Crichton.

CAPITULO III

Keenan Arnold, apenas salir la muchacha del apartamento, acudió al mueble bar para servirse un whisky doble. Como queriendo borrar así, de un solo trago, la imagen de Gladys.

No lo consiguió.

Ni tan siquiera con el cuarto vaso de whisky.

Hacía tan solo una semana que conocía a Gladys. La apreciaba. Había intimado con ella y pasado juntos momentos maravillosos. Incluso cuando comenzó a hablarle de los Libertadores.

Los Libertadores...

Arnold hizo una mueca.

Los Libertadores contaban con pocos años de existencia. Nacidos a raíz de cumplirse el plazo dado por la V Autocracia para habitar la superficie del planeta. Un grupo de intelectuales capitaneados por el profesor Gilbert Saval interrogó al gobierno por la marcha de los trabajos en superficie. Quería información y conocer las causas del incumplimiento del plazo fijado.

La respuesta de la V Autocracia no convenció a nadie. Aseguró que científicos e investigadores de todo tipo trabajaban ya en el exterior; pero que era pronto para el retorno de toda la población. Que se requería más tiempo. No sería un éxodo masivo, sino escalonado y por meritocracia.

El profesor Saval continuó haciendo preguntas y más preguntas. Protestando. Acorralando al gobierno. Quería salir a la superficie con uno de esos equipos de científicos y conocer con sus propios ojos la marcha de los trabajos en superficie. Contemplar in situ si la Tierra era nuevamente habitable. Si las plantas crecían de nuevo, si los ríos y mares habían perdido su contaminación; no había necesidad de esperar más. Todos los Sub USA en la superficie construirían ciudades en un abrir y cerrar de' ojos.

El gobierno de la V Autocracia no respondió a Gilbert Saval.

Sus protestas tuvieron eco en otras ciudades subterráneas. Primero en la vecina Virginia Sub. Luego Kentucky Sub, Tennesse Sub... hasta llegar a California Sub. De norte a sur. De este a oeste.

La voz de Gilbert Saval encontró pronto seguidores.

Y se convirtió en clamor a la muerte de Saval.

Su cadáver apareció en una callejuela del más mísero de los barrios de Washington Sub. Sin un solo centavo en los bolsillos. Apaleado como un perro sarnoso. Agentes del Departamento Control Seguridad de Washington Sub investigaron a fondo y encontraron a los culpables. Tres componentes del grupo denominado Hermanos del Averno. Una banda de jóvenes salvajes. Una de las .muchas que pululaban por las ciudades de Sub-USA. Robando, violando, matando...

Muy pocos creyeron en la versión del DCS.

Ni tan siquiera cuando el trío de los Hermanos del Averno apareció en las pantallas de televisión declarándose culpables del asesinato del profesor Saval. Fueron sentenciados a muerte. Ejecución también televisada en directo a todos los canales de Sub USA. El gobierno de la V Autocracia quería así demostrar su firmeza y pesar por la muerte de Gilbert Saval.

Y a raíz del asesinato de Saval nacieron Los Libertadores.

Heredando sus teorías y deseos.

Salir a la superficie. Toda la población. Retornar al medio ambiente habitual del hombre. No más cavernas. No más madrigueras. El sol, la luna, las estrellas, el mar, los bosques... Sí.

Los Libertadores estaban por todas partes.

Y eran sistemáticamente aplastados por la V Autocracia.

Necesitaban más seguidores.

De ahí la aparición de Gladys. Tratando de convencer a Keenan Arnold. También él quiso convencer a la joven. Rebatir punto por punto sus ideas. Gladys trataba de inculcarle las teorías de los Libertadores. Y Arnold pugnó por apartarla de aquel clan de fanáticos.

Ambos salieron derrotados.

Y Gladys se había marchado para siempre.

Ya no volvería a verla.

Por supuesto que no creía en esa fantástica salida al exterior, pero sí estaba seguro de que Gladys se alejaba para siempre de su vida.

Keenan Arnolds se incorporó del sofá.

Instintivamente llevó las manos a la cabeza.

Había bebido demasiado.

Y sin conseguir su propósito de olvidar a Gladys.

Acudió al dormitorio. Junto al cabezal del lecho, en la pared, se acoplaba el microprogramador doméstico. Pulsó un par de botones. El del baño y el del encendido eléctrico de la cafetera. No quería retirarse a dormir. Tomaría un baño, una buena dosis de café y luego vagaría por los erosclub.

Se disponía a tirar del cierre adhesivo de la camisa cuando sonó el llamador de entrada al apartamento.

Arnold arqueó las cejas.

No esperaba visita.

Y tampoco tenía esperanza de un regreso de Gladys.

Fue hacia el microprogrrarnador iluminando la pequeña pantalla del videovisor. Y la imagen reflejada le hizo parpadear repetidamente.

Dos individuos de negro uniforme.

Dos agentes del Departamento Control Seguridad.

—¿Qué..., qué quieren?

La respuesta llegó de inmediato por el microvoz unido a la pantalla visora.

—¿Keenan Arnold? -Sí...

—Abra la puerta. Agentes del DCS.

Uno de los individuos se había despojado del guante de su diestra. Y mostró la palma. Tatuado en la piel el símbolo del Departamento Control Seguridad.

No era necesaria aquella identificación.

Nadie se hubiera atrevido a suplantar a un agente del DCS. Cierto que muchos lo habían intentado. Y fue lo último que hicieron.

Keenan Arnold acudió al living.

No sin antes haber pulsado en el microprogrrarnador el desbloqueo de los cierres de seguridad de la puerta. Al llegar junto a la hoja blindada sólo tuvo que hacer girar el pomo para franquear la entrada.

Los dos agentes penetraron en el apartamento.

Sin esperar autorización.

—¿Es usted Keenan Arnold?

—Sí.

—Identifíquese.

—En el dormitorio tengo la cédula.

Arnold avanzó por el corredor.

Seguido por los dos agentes.

Al penetrar en la habitación se dirigió al mobiliario del lecho. Abrió uno de los cajones. Fue entonces bruscamente empujado por uno de los agentes.

El individuo rebuscó en el cajón.

Hasta descubrir la cédula. La examinó detenidamente. Allí figuraba el nombre de Keenan Arnold, su número asignado por DCS y demás datos de filiación. En cartulina de material atérmano.

—Perfecto. Tiene que acompañarnos, Arnold.

—¿Adonde?

—Al Departamento Control Seguridad.

Keenan Arnold parpadeó.

Contempló perplejo a los dos agentes.

Parecían cortados por un mismo patrón. Como dos gotas de agua. El yelmo de protección apenas mostraba sus facciones.

—¿Por qué?

—Nos limitamos a cumplir órdenes, Arnold. Haga usted otro tanto.

—Me gustaría saber si voy en calidad de detenido. Si es así, desearía llamar a mi abogado.

Los dos agentes intercambiaron una mirada.

Movieron la cabeza.

Al unísono.

Casi imperceptiblemente.

Y actuaron como impulsados por un mismo resorte. En movimientos que parecían ensayados una y mil veces.

La súbita reacción de los dos hombres sorprendió a Arnold.

Uno de ellos le inmovilizó por los brazos permitiendo que su compañero descargara dos violentos puñetazos al estómago de Arnold.

—Puedes soltarlo ya, Curtis.

El agente obedeció.

Keenan Arnold cayó encorvado.

Apenas entrar en contacto con el suelo recibió el patadón en el vientre. Abrió desmesuradamente la boca. Falto de respiración.

—¡Eh…, mira eso! —rió el llamado Curtis—. ¡Está vomitando!

Los dos agentes rieron divertidos.

Esperaron pacientemente a que Arnold se recuperara.

—¿Ya dispuesto a acompañarnos, Arnold? ¿O tienes que formular alguna otra pregunta?

Keenan Arnold no despegó los labios.

Había aprendido la lección.

* * *

Sean Crichton introdujo la cédula en el computer. Tecleó en el panel para acto seguido reclinar la espalda en el asiento. Con la mirada fija en la pantalla del computer. Contemplando la aparición de palabras que se iba sucediendo con vertiginosa velocidad.

Una sonrisa se reflejó en el blanquecino rostro de Crichton.

Desvió los ojos hacia Keenan Arnold.

—Bien… Parece ser usted un ciudadano ejemplar, Arnold. Al menos ése es el informe que recibo del Ordenador Central. Un eficaz e inteligente funcionario de Tele California Sub que jamás ha originado problema alguno y… ¡Oh, disculpe! Tome asiento, Arnold. No me he presentado, ¿verdad? Soy el teniente Sean Crichton, del DCS.

Arnold forzó una sonrisa a la vez que realizaba una leve inclinación de cabeza. Se acomodó en el sillón situado frente a la mesa escritorio ocupada por el oficial del DCS.

Sean Crichton había recogido la cédula de la bandeja expulsora.

Tecleó sobre ella distraídamente.

—Se preguntará que hace aquí, ¿verdad, Arnold? No debe inquietarse. Sólo quiero que responda, a algunas preguntas. ¿Conoce a Gladys Gillis?

Arnold tragó saliva.

Su temor se confirmaba.

Había sospechado desde el primer momento que su traslado al Departamento Control Seguridad estaba relacionado con Gladys.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Hace aproximadamente una semana. La conocí en un erosclub.

—Comprendo. Una ramera.

—No trabajaba en el erosclub, teniente.

El rostro de Sean Crichton volvió a dibujar una desagradable sonrisa. Una repulsiva mueca.

Se inclinó ahora sobre la mesa.

Sin dejar de juguetear con la cartulina de Arnold.

—Las chicas de los erosclub son prostitutas que desarrollan una gran labor social, Arnold. Muchos de esos clubs cuentan con ayudas económicas del gobierno. Somos conscientes de que el ciudadano necesita diversión.

De ahí nuestra ayuda y protección a los erosclub. Son buenas muchachas. No puedo decir lo mismo de las mujeres que frecuentan los erosclub. Como el caso de Gladys Gillis. Hacen una competencia desleal. Deduzco que su relación con Gladys se limitó al terreno sexual, ¿me equivoco?

—Hemos salido juntos. Casi todos los días de la semana. Llegando a entablar una sincera amistad.

El oficial del DCS exageró una mueca de asombro.

—¿De veras? ¿Cede tan fácilmente su amistad a las furcias, Arnold? Bueno, eso no importa. Gladys Gillis era algo más que una vulgar ramera. Estaba siendo sometida a vigilancia. Por su vinculación con los Libertadores. ¿Conocía esa faceta en Gladys Gillis?

Arnold se esforzó en mantenerse impasible.

—No.

—Es curioso. Los Libertadores siempre pecan de bocazas. Gustan de propagar su doctrina y nefastas ideas.

—Conmigo no habló de ello —mintió Arnold, procurando que el tono de voz no la delatara.

—Lo supongo, Arnold. Usted es un buen ciudadano. La hubiera denunciado de inmediato, ¿no es eso?

—Sí...

Sean Crichton volvió a sonreír a la vez que se incorporaba del asiento.

—Acompáñeme, Arnold. Necesito de su colaboración. Para un simple formulismo. Gladys Gillis no contaba con familiar alguno. De ahí que sólo pueda recurrir a usted.

—¿Para qué?

El teniente del DCS no respondió.

Se había aproximado a una lámina de la pared. Colocó la diestra sobre la plancha alzándose al momento una puerta de guillotina.

Descubriendo al acceso a un tuboelevador.

A una indicación del oficial, Keenan Arnold penetró en la cabina. Seguido de Sean Crichton.

La puerta de guillotina se cerró nuevamente.

No había panel de mandos en el tuboelevador. El mecanismo obedecía a la voz humana.

Y Sean Crichton indicó el lugar.

—Sótanos. Sección 14-M. Depósito de cadáveres.

CAPITULO IV

El tuboelevador hizo un descenso en vertical, aunque no uniforme. En diferentes tramos del recorrido se desplazó horizontalmente para luego realizar nuevos descensos en vertical.

Fue un rápido trayecto por el gigantesco bloque formado por la sede del Departamento Control Seguridad en California Sub.

Hasta llegar a la Sección 14-M.

Depósito de cadáveres.

Una descomunal sala de paredes abovedadas y columnas helicoidales. Con paneles de electroluminiscencia. Había varios mostradores formando amplio semicírculo. Con agente armado en cada mesa.

Sean Crichton se detuvo frente a uno de los mostradores.

Emplazado en la tabla se veía un teclado de complicados dígitos.

El oficial del Departamento Control Seguridad pulsó unas siglas en el cuadro de mando.

Fue cuestión de segundos. Varias láminas se iluminaron en las abovedadas paredes. Encendiéndose y apagándose. En vertiginosa sucesión de intermitencias. Un receptáculo iba pasando por diferentes secciones hasta detenerse frente al mostrador computado por Crichton.

Se abrió la plancha cuadrangular de la pared.

Y por un carril salió el ataúd.

Hasta el mostrador.

Un ataúd de vidrio transparente. Envuelto en gélido vaho.

Un frío que se transmitió a Keenan Arnold. Ahogando su voz. Dejándola en tenue susurro.

—Dios...

Sean Crichton sonrió.

Divertido por la mutación experimentada en Arnold.

Pálido. Con labios temblorosos. La frente perlada por diminutas gotas de sudor. Contemplando con alucinada mirada el receptáculo.

—¿Y bien, Arnold? ¿Puede identificar el cadáver?

Keenan Arnold no respondió.

Continuaba con los ojos fijos en el ataúd. Sin dejar de mover imperceptiblemente los labios.

Gladys Gillis.

Sí.

Era Gladys.

Aquel cuerpo apaleado, surcado de negruzcas señales, era el de Gladys. Su suave piel aparecía ahora atezada. Los muslos renegridos.

—Espero su respuesta, Arnold.

—Es..., es Gladys...

—Hable más alto, Arnold. No le he oído bien.

Keenan Arnold alzó la mirada.

Desviando los ojos del receptáculo de vidrio.

Posándolos ahora en el oficial del DCS.

Sin ocultar un fugaz destello de odio. De ira mal contenida. Un brillo que de inmediato se eclipsó.

—Es... Es Gladys Gillis...

—Perfecto. Muy amable, Arnold. Ahora ya podemos proceder a destruir el cadáver. Servirá de abono para las plantaciones de cultivo artificial. Era necesaria una identificación ajena al Departamento Control Seguridad. Firme aquí, Arnold. Reconociendo haber identificado el cadáver como correspondiente a Gladys Gillis.

Keenan Arnold obedeció.

Maquinalmente.

Sin evitar un ligero temblor en su diestra al coger la barra esferográfica y estampar la firma.

—¿Qué le ocurre, Arnold? —sonrió Sean Crichton—. ¿Impresionado? No le culpo. No resulta agradable. Máximo habiendo conocido a Gladys Gillis. Un cuerpo seductor, perfecto, joven... y ahora carbonizado. Triste, muy triste. Afortunadamente nadie llorará

su muerte. Estaba sola. Sin familia. Apuesto que sus fanáticos amigos los Libertadores no la echarán de menos.

—Yo sí lamento su muerte.

—No sea sentimental, Arnold. Puede resultar… peligroso. Ya le he dicho que Gladys Gillis era miembro de los Libertadores. Seguíamos sus pasos. Se iba a celebrar una reunión. En el apartamento de un tal Karl Ritter. Un cabecilla de la organización. Conseguimos la información interrogando a uno de ellos. Dany Ireland. El muy estúpido, después de confesar todo, se suicidó.

Arnold entornó los ojos.

Contemplando la cínica sonrisa del oficial.

Adivinaba el «suicidio» del llamado Dany Ireland.

—¿También Gladys Gillis se… suicidó?

Sean Crichton rió en estridente carcajada.

Una desaforada risa que resonó en la sala como procedente de una cámara de resonancias acústicas.

—Tiene sentido del humor, Arnold. Lo celebro. No hay más que ver el cuerpo de Gladys Gillis para descartar el suicidio. Golpeada, violada, desgarrada… y electrocutada. Con porras eléctricas. Una fea muerte. Yo he dirigido la operación en el apartamento de Karl Ritter. Se resistieron y hubo muertos, pero en el apartamento no estaba Gladys Gillis. No acudió a la cita. Agentes patrulleros del DCS encontraron su cadáver en California Sub-5. En Barrio Gold. Una zona muy peligrosa. Controlada por los Ratas Negras. Ha oído hablar de ellos, ¿verdad?

—Sí.

—Ratas Negras, Satánicos, Murciélagos… Grupos de delincuentes. Jóvenes salvajes y asesinos. Pululan por todas las ciudades sembrando el terror. Son de difícil exterminio, Arnold. Sospechamos que fueron los Ratas Negras quienes secuestraron, violaron y asesinaron a Gladys Gillis. Su cadáver apareció frente a un tugurio frecuentado pos los Ratas Negras. Mis hombres están investigando. No dejaremos el crimen impune. Aunque la víctima sea una mujerzuela como Gladys Gillis.

De nuevo los ojos de Keenan Arnold acusaron un súbito brillo.

Percibido por el oficial del DCS.

Sean Crichton acentuó su cínica sonrisa. Como queriendo con ello provocar a Arnold. Este terminó por inclinar la cabeza.

La sonrisa de Crichton se tornó despectiva.

—Ya puede retirarse, Arnold. Gracias por su colaboración. ¡Agente!

Uno de los guardianes de la Sección 14-M se aproximó ante la llamada de Crichton. Se cuadró frente a su superior en espera de órdenes.

—Acompañe al visitante hasta una de las vías de salida. Una última advertencia, Arnold… Ha salido muy bien librado del asunto. Tenga cuidado en el futuro. Gladys Gillis entabló amistad con usted para engatusarle. Quería que realizara un trabajo para los Libertadores. Un sabotaje en Tele California Sub. Nos lo confesó Dany Ireland. Usted no acudió a la reunión en el apartamento de Ritter. Significa que es un buen ciudadano, aunque sospecho que sí estaba al corriente de las actividades terroristas de Gladys Gillis. Y no las denunció. Tenga mucho cuidado, Arnold. Que lo ocurrido a Gladys Gillis le sirva de lección. Buenas noches.

Sean Crichton giró sobre sus talones.

Alejándose a grandes zancadas.

Keenan Arnold permaneció inmóvil. Con la mirada fija en el ataúd de vidrio. Contemplando por última vez el destrozado cuerpo de Gladys.

—¡En marcha!

La seca y autoritaria voz del agente del DCS hizo reaccionar a Arnold.

Caminó hacia uno de los tuboelevadores.

Antes de introducirse en la cabina ladeó la cabeza. Dirigiendo a Gladys una postrera mirada. Minutos más tarde, al salir del bloque del Departamento Control Seguridad, los ojos de Keenan Arnold volvieron a reflejar un destello de marcado odio.

CAPITULO V

Keenan Arnold esbozó una amarga mueca.

Ratas Negras.

El sí era una rata.

Una rata cobarde que había soportado los insultos contra Gladys. Sin atreverse a replicar. Consciente de la provocación de Sean Crichton.

Gladys.

Gladys...

Arnold sintió un nudo en la garganta. Una presión en el pecho que le dificultaba la respiración. Le hubiera gustado poder llorar. Lágrimas de ira, de impotencia... o de amor.

No lo consiguió.

No había llegado a amar a Gladys. Sí, nació entre ellos una buena amistad. Suficiente para lamentar y sufrir por su muerte. Una muerte violenta. Brutal... Una ejecución clásica de los miembros de DCS.

Keenan Arnold había oído hablar de esos métodos.

Y nunca le preocupó.

No iba con él. Si los agentes del DCS actuaban así era para garantizar una mayor eficacia en su lucha contra el crimen y los terroristas. Debían responder con igual brutalidad. Necesaria para exterminar a los elementos peligrosos de la sociedad.

Gladys estaba muerta.

Y su único delito fue desear ver el sol, la luna, las estrellas...

Arnold apretó con fuerza los labios.

Había estado ciego. Ajeno a todo. Indiferente. Encerrado en su cascarón de placeres y comodidades. Ignorando a cientos de Gladys que habían perecido bajo el despotismo de los DCS. Sólo por defender una idea. Por desear un mundo mejor.

Keenan Arnold se detuvo frente a una máquina expendedora de bebidas alcohólicas. Rebuscó en los bolsillos hasta dar con su ficha de crédito. La introdujo en la ranura. A los pocos segundos tenía en su poder el trípode de hojas de aluminio con su correspondiente dosis de whisky. Junto con el retorno de la ficha crédito.

Bebió un largo trago.

Bebidas alcohólicas, drogas legalizadas, erosclub… Todo al alcance de la mano. A bajo precio. Facilidades del gobierno de la V Autocracia. Diversión y placer para el ciudadano.

Arnold arrojó furioso el trípode. Sí.

Ahora la comprendía.

Embrutecer.

Eso es lo que quería la V Autocracia. Los del DCS. Embrutecer al ciudadano para mejor poder dominarlo. Rodearle los bajos placeres de fácil consumo.

Keenan Arnold continuó deambulando.

Sin rumbo.

Durante más de una hora vagó por las calles de California Sub. Calles solitarias. Tristes. Con la iluminación nocturna. Sólo bullicio en los erosclub, en los tugurios y demás establecimientos de vicio fomentados por la V Autocracia.

Arnold terminò por requerir los servicios de un helitaxi para retornar a su apartamento.

El vehículo se posó en la terraza del 771 de Sali Road.

Keenan Arnold no descendió en uno de los tuboelevadores exteriores del edificio. Prefirió encaminar sus pasos hacia la escalera interior.

Llegó a la planta ocho.

Avanzó por el corredor hacia su apartamento. En uno de los recodos se cruzó con una mujer.

No intercambiaron saludo alguno.

Arnold se detuvo frente a la puerta de su apartamento. De uno de los bolsillos sacó el disco perforado que introdujo por la estría

dibujada en la blindada puerta. La hoja se abrió desbloqueando los cierres de seguridad.

—Disculpe...

Keenan Arnold giró.

Contemplando a la mujer que avanzaba hacia él. La que segundos antes se cruzó en el corredor.

Una mujer joven. De unos veintidós años de edad. Rostro atractivo, con una deliciosa nariz respingona y unos labios gordezuelos. Los ojos verdes. Vestía un conjunto de terciopelo con hojas doradas con blusón y fajín short. Las botas de piel plateada hasta mitad del muslo.

—¿Sí?

—Estoy buscando a Alex Biloxi —sonrió cordialmente la joven—. Creo que habita en esta planta.

—¿Biloxi? Lo lamento, pero no...

Keenan Arnold se percató del peligro.

Lo leyó en los verdes ojos femeninos.

Un significativo brillo.

Arnold giró con rapidez, pero ya era demasiado tarde. Aunque instintivamente ladeó la cabeza no evitó el golpe. Un trallazo en el cuello que le hizo doblar las rodillas. Trató de aferrarse a su atacante, pero fue rechazado de violento puntapié.

Rodó por el suelo.

Dos individuos se abalanzaron sobre él arrastrándole hacia el interior del apartamento.

La muchacha también penetró cerrando tras de sí.

Keenan Arnold se dejó incorporar por los dos individuos. Pesadamente. Como si estuviera aturdido. Al quedar en pie, proyectó su codo derecho. Al pecho de uno de los individuos. Con violencia.

Fue lo único que pudo hacer.

Volvió a caer al recibir el golpe en la cabeza.

Quedó a cuatro manos.

—¡Mátale, Guy! —gritó la muchacha—. ¡Acaba con él

El llamado Guy tenía en su diestra un revólver. Un Nervy-S de largo cañón. No obedeció la orden de la muchacha. Se limitó a propinar un patadón al costado de Arnold. Seguido de de otro dirigido al bajo vientre.

Keenan Arnold aulló de dolor.

Quedó encorvado en el suelo.

Boqueando.

—¡Dispara, Guy! ¡Termina con él!

—Tranquilízate, Goldie —respondió el individuo—. Ya llegará su momento. ¿Te encuentras bien, Barry?

El segundo individuo asintió.

Frotándose el pecho.

—No ha sido nada… Me dejé sorprender como un idiota.

Keenan Arnold fue conducido al contiguo salón.

A puntapiés.

El del Nervy-S acudió al mueble bar. Atrapó una botella de whisky inclinándose seguidamente sobre Arnold. Le aplicó el gollete a los labios.

Retrocedió.

Sin dejar de encañonar a Arnold.

Tomó asiento. La muchacha y el otro individuo también se habían acomodado en el sofá que adornaba la estancia.

En el centro quedó Keenan Arnold.

Todavía encorvado.

Con ambas manos en el bajo vientre.

—¿A qué esperamos, Guy? —interrogó la muchacha con crispado rostro—. ¡Mátale! ¡Terminemos de una vez!

—Tiene que responder a algunas preguntas. ¿Ya puedes hablar, hijo de perra?

Keenan Arnold se había arrastrado penosamente hacia uno de los sillones. Trató de incorporarse, pero optó por quedar sentado en el suelo apoyando la espalda en el mueble.

Contempló a sus tres visitantes.

En especial a la muchacha.

Sorprendido por el brillo de odio que se reflejaba en los verdes ojos femeninos.

—Sí..., ya puedo hablar.

—Será por poco tiempo. Estamos aquí para matarte.

—¿Puedo conocer a mis verdugos?

—Por supuesto —sonrió el individuo, acariciando el cañón del revólver—. Ella es Goldie Moore. Mi compañero Barry Janssen. Yo soy Guy Sutherland. El brazo ejecutor.

—Libertadores?

—En efecto, bastardo —intervino Barry Janssen—. Somos Libertadores. ¿Imaginabas que tu traición iba a quedar sin castigo?

—¿Mi traición?

—¡Sí, maldito! —exclamó nuevamente Goldie—. Por supuesto que no has traicionado a la organización.

Tú eres indigno de figurar entre los Libertadores, pero sí traicionaste tu amistad con Gladys. La delataste al DCS comunicando su reunión en el apartamento de Karl Ritter. Y los del Departamento Control Seguridad actuaron. Karl, Ralph, Lou, Leila... muertos. Y se llevaron a Gladys y Dany. ¡Ahora estarán siendo torturados! ¡Tú eres el culpable! ¡Maldito seas! ¡Maldito!

La voz de la muchacha se quebró.

Ladeó la cabeza.

Con brusquedad.

Evitando que Keenan Arnold contemplara el rodar de dos gruesas lágrimas.

—Gladys también ha muerto —murmuró Arnold—. Al igual que Dany Ireland. Este no llegó a acudir al apartamento de Ritter. Fue

capturado antes por los DCS.

Un tenso silencio siguió a las palabras de Arnold.

Fue roto por la ronca voz de Barry Janssen.

—Gladys… muerta…

—Acaba con él —dijo Goldie—. Ya no es necesario demorar su ejecución. Nos interesaba conocer la suerte de Gladys y Dany…, y ahora ya lo sabemos.

—Fue Dany quien os delató.

—¡Sucio bastardo! —Guy Sutherland se incorporó furioso — . ¡Dany era incapaz de una traición! ¡Yo te…!

La ira dominó a Sutherland.

Avanzó furioso hacia Arnold.

Proyectó una vez más su bota derecha. Hacia el rostro de Arnold. Este sujetó con ambas manos la bota para acto seguido hacerla girar con violencia. Tirando hacia arriba. Haciendo caer al individuo.

No le dio tiempo a reaccionar.

Guy Sutherland, instintivamente, había soltado el revólver.

Cuando quiso recuperarlo, ya estaba en poder de Keenan Arnold.

—¡Quieto!

Barry Janssen había llevado su diestra a un costado. En busca del arma que reposaba en la funda. Interrumpió el iniciado ademán.

—Maldito…

—Sigue ahí, Guy —ordenó Arnold—. En el suelo. Sin moverte. Barry…, las manos sobre el sillón. Un movimiento sospechoso y te vuelo la cabeza.

Los dos individuos estaban pálidos.

También Goldie.

Keenan Arnold retrocedió unos pasos. Sin dejar de encañonar a los dos hombres.

—Ahora vamos a hablar más tranquilamente.

—¡Nada tenemos que hablar! —dijo Goldie, con firme voz—. ¡Termina con nosotros! ¡No tememos a la muerte!

Arnold esbozó una sonrisa.

—Eres muy impulsiva, Goldie. No haces más que hablar de muertes... Gladys era diferente. Ella hablaba de vivir, amar...

—Sí. Y ahora está muerta. Con Leila. Con Karl. Con Ralph...

—Yo no delaté a Gladys. Jamás lo hubiera hecho — dijo Arnold—. Ciertamente me habló de una importante reunión, pero sin mencionar el lugar. Quería que la acompañara. Que me uniera a los Libertadores. También me comentó mi futura misión. Una proclama por Tele California Sub. Una arenga a la población en nombre de los Libertadores. Me negué.

—¡Y acudiste al DCS!

—No, Goldie. Ellos fueron a buscarme. Dos agentes del DCS se presentaron en mi apartamento. Horas después de la salida de Gladys. Me llevaron a la sede principal del Departamento Control Seguridad. Allí fui interrogado por el teniente Crichton. El hombre que dirigió la operación en el apartamento de Ritter. Gladys estaba siendo sometida a vigilancia. Capturaron a Dany Ireland y le hicieron confesar. El fue quien...

—¡Mientes! —gritó la muchacha—. ¡Los Libertadores jamás traicionan!

—No vuelvas a interrumpirme, Goldie. Si lo haces te reventaré la boca de un trallazo. Te comportas como una estúpida. ¡Acaso no conoces a los DCS? ¿Traición? Cualquier hombre en poder del DCS llegaría a vender a su madre con tal de dejar de ser torturado. Dany no fue un traidor. De seguro que, cuando comenzó a hablar, ya era un despojo humano. Torturado física y mentalmente. Les habló de la reunión en el apartamento de Ritter. Y también del interés de Gladys hacia mí.

—Si eso fuera cierto, tú no hubieras salido con vida del DCS — masculló Guy Sutherland—. También estarías muerto.

—Te equivocas. Yo no acudí con Gladys a la reunión. No hice caso a sus ideas. Eso me salvó. El teniente Crichton me hizo llamar para advertirme. Me hizo contemplar el cadáver de Gladys. Identificarle. Me provocó. Esperando que yo reaccionara, pero fui demasiado cobarde. La versión del DCS es que Gladys fue atacada y muerta por

los Ratas Negras.

—Gladys estaba en el apartamento de Karl Ritter. Allí fue asesinada.

—No lo dudo, Barry; pero sí me consta que vuestro compañero Dany no estaba allí.

—Un momento… La madre de Dany nos comentó que Ralph Benson fue a buscarle —dijo Sutherland—. No había acudido al trabajo. Puede que en verdad ya estuviera siendo interrogado en el DCS.

—¿Vais a creer sus embustes? —inquirió Goldie, con voz dominada por la ira—. ¡Está mintiendo! ¡Gladys y los demás tienen que ser vengados!

Keenan Arnold se aproximó a la muchacha.

Arrojó a sus pies el revólver.

—Ya he terminado de hablar, Goldie. ¿Quieres mi muerte? ¡Adelante! Mi delito no es el de traición, sino el de cobarde.

La joven se apoderó precipitadamente del arma.

La aferró con ambas manos encañonando a Arnold.

Se miraron a los ojos.

El Nervy-S tembló entre las manos de Goldie. Los dedos femeninos se abrieron. Lentamente. El revólver cayó de nuevo al suelo.

Goldie ocultó el rostro profiriendo ahogados sollozos.

Keenan Arnold desvió la mirada hacia los inmóviles Sutherland y Janssen.

—¿Alguno de vosotros quiere recoger el revólver?

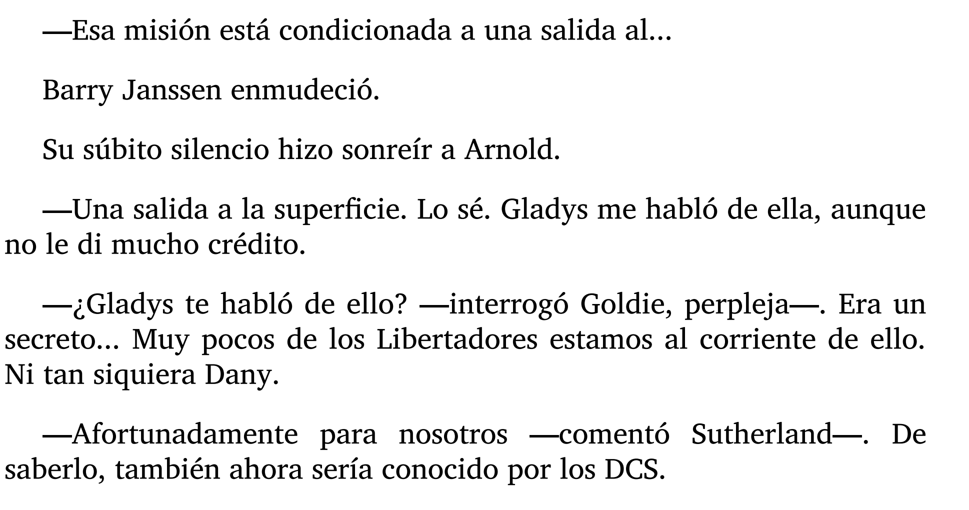
Fue Guy Sutherland quien respondió.

Con voz apenas audible.

—Nos hemos equivocado. En muchas cosas. Intentaré cumplir la misión que me iba a encomendar Gladys. Será difícil, pero lo intentaré.

—¿Te refieres a la emisión pirata por Tele California Sub!

—Sí, Barry.



—Esa misión está condicionada a una salida al…

Barry Janssen enmudeció.

Su súbito silencio hizo sonreír a Arnold.

—Una salida a la superficie. Lo sé. Gladys me habló de ella, aunque no le di mucho crédito.

—¿Gladys te habló de ello? —interrogó Goldie, perpleja—. Era un secreto… Muy pocos de los Libertadores estamos al corriente de ello. Ni tan siquiera Dany.

—Afortunadamente para nosotros —comentó Sutherland—. De saberlo, también ahora sería conocido por los DCS.

Keenan Arnold volvió a posar sus ojos en la muchacha.

Con intensa mirada.

—Gladys y yo éramos amigos, Goldie. Muy buenos amigos. Confiaba en mí. Pese a no compartir sus ideas, confiaba en mí. Sabía que era incapaz de traicionarla.

Goldie movió la cabeza.

Lentamente.

—Ahora sí te creo… Si Gladys te habló de la salida al exterior, si confiaba en ti hasta tal extremo, no podía estar equivocada. También yo te pido disculpas por…

—Olvídalo. Todos cometemos errores. Yo quiero enmendar los míos. Con vosotros.

—¿Insinúas…?

—Sí, Goldie. Quiero formar parte de vuestro grupo de Libertadores.

CAPITULO VI

Jonas Gielgud frisaba los cuarenta años de edad. Rostro de angulosas facciones. Cejas pobladas coronadas por una frente abombada y reflexiva. Nariz perfilada, boca carnosa y barbilla redondeada.

Jonas Gielgud era el jefe de los Libertadores en California Sub.

Un individuo inteligente, astuto y de gran valor.

Sus inquisitivos ojos fueron contemplando uno a uno a los allí reunidos.

Keenan Arnold, Goldie Moore y Guy Sutherland.

—Lo lamento, amigos; pero el plan vuelve a ser aplazado.

—¿Por qué, Jonas? —inquirió Goldie—. ¿Qué ha ocurrido ahora?

Gielgud se mesó los cabellos.

Maquinalmente.

—El túnel de salida está hecho. En California Sub- 1. Nos ha llevado más de dos años construirlo. Sin utilizar maquinaria de fácil detección por los servicios de inteligencia del DCS. Los radares subterráneos están siempre alerta. De ahí que el túnel haya sido perforado casi manualmente en su totalidad. Hemos llegado al máximo. Se puede decir que hemos tocado techo. Y ese techo es infranqueable sin máquina adecuada. Para romperlo sería necesario un taladro cohete. Utilizarlo significaría delatarnos.

—Creí que ése era problema solucionado.

Jonas Gielgud esbozó una sonrisa.

Fijando la mirada en Arnold.

—Quiero utilizar un cohete subterráneo de ocho plazas. Ocho serán los que salgan al exterior e investiguen.

—Aplica un taladro al cohete subterráneo. Se puede hacer. Rompería el... techo y saldría al exterior.

—Correcto, Keenan; pero yo deseo que la expedición regrese. Por supuesto que contamos con un cohete subterráneo de regreso; pero al romperse la última plancha, ese techo de seguridad montado por DCS, alertaría todos los sistemas. En cuestión de segundos el radar detectaría el lugar. Quedaría bloqueado. Provocarían el

desprendimiento de tierras taponando el túnel o lanzarían un proyectil destructor. Sería un viaje sin retorno. Y yo quiero que la expedición regrese. Estamos trabajando en ello. Hasta que no encontremos el modo de burlar esa última plancha, esperaremos. Contamos con un buen equipo. No estamos desanimados.

—Yo sí lo estoy —murmuró Goldie, ahogando un suspiro—. Ya me imaginaba correteando por la superficie.

—Hay que ser prudentes, Goldie. Sólo con prudencia conseguiremos nuestro objetivo. El profesor Lubbock, uno de nuestros más cualificados colaboradores, construyó una sonda especial. Merced a ella hemos conseguido ir perforando el túnel burlando los sistemas de radar subterráneos del DCS. No hay, por el momento, más solución que esperar.

—También la emisión pirata, ¿no?

Jonas Gielgud asintió.

Con leve movimiento la cabeza.

—Me consta que has trabajado muy duro, Keenan.

Y corrido grave riesgo. Todos te estamos muy reconocidos, pero la emisión no tiene razón de ser sin las investigaciones en el exterior. Queremos desenmascarar a la V Autocracia. Descubrir sus engaños. Mostrarlos a los ojos del pueblo. Y para ello necesitamos saber qué ocurre en el exterior. ¿Qué hacen los equipos de científicos e investigadores de la V Autocracia? ¿Por qué no se retorna masivamente a la superficie?

—Lo comprendo, Jonas. Ya lo tengo todo planeado. Y no sólo depende de mí. En Tele California Sub he encontrado otros Libertadores. Todos ellos estamos preparados. Tú conoces a todos. Sólo tienes que indicar el momento.

—Puede ser cuestión de días… o de años.

—Tenemos otra alternativa —intervino Guy Sutherland—. La que nos ofrecen los Ratas Negras.

Las facciones de Gielgud se endurecieron.

—Olvida eso, Guy. Ya he dicho que no quiero tratos con los Ratas Negras. De ningún tipo.

Keenan Arnold arqueó las cejas.

Intercambió una mirada con Goldie, pero la muchacha reflejó una mueca de perplejidad.

—¿Qué ocurre Con los Ratas Negras, Jonas?

—Una idea descabellada, Keenan. Mejor olvidarla.

—Me gustaría conocerla.

—También a mí —sonrió Goldie—, Háblanos de ello, Jonas.

Gielgud respiró con fuerza a la vez que movía la cabeza dibujando en su rostro una significativa mueca.

—De acuerdo. Sólo por complacer vuestra curiosidad. Hace unos meses tuvo lugar el asalto a un convoy militar. Realizado por un grupo de Ratas Negras. Querían armas y las consiguieron. Encontraron algo más. Algo que no esperaban. Un Kapt-SMV.

—¿Un Kapt? ¿Un rayo desplazador de moléculas de materia?

—En efecto, Keenan. Conocemos los Kapt. Poderoso rayo que desplaza las moléculas de la materia. Utilizados para abrir túneles de comunicación y horadar en las entrañas de la tierra. Máquinas perforadoras teledirigidas. Superando ventajosamente a los supertaladros. El Kapt-SMV es una nueva versión. Un prototipo mantenido en secreto por los servicios de inteligencia de la V Autocracia. Tiene la extraordinaria particularidad de poder ser tripulado.

Arnold parpadeó.

Incrédulo.

—¿Tripular un Kapt?

—Sí, Keenan. No es una fantasía. También nuestros servicios de inteligencia infiltrados habían oído de ese proyecto. Yo lo he visto con mis propios ojos. Por gentileza de los Ratas Negras. Es como un autocohete. Su cabida es de tan sólo para dos tripulantes. Los Ratas Negras quieren desembarazarse de él. Es como tener un polvorín en su poder. Temen que tarde o temprano los DCS den con el aparato. Los Ratas Negras querían armas portátiles, no un sofisticado Kapt-SMV.

—¿Y te lo han ofrecido?

Jonas Gielgud sonrió.

Movió afirmativamente la cabeza.

—A muy buen precio. Por cinco mil fichas crédito BS-1. No hubo trato.

—¿Por qué, Jonas? —interrogó Goldie, vehemente—. La organización puede conseguir esas fichas y muchas más. No sólo BS-1, sino las de un mayor poder adquisitivo. Contamos con Libertadores económicamente poderosos. Yo misma puedo contribuir con un elevado...

—No es ése el problema —interrumpió el jefe de los Libertadores —. Son otros. En primer lugar, el Kapt- SMV es biplaza. Quedaría ya descartado el envío de un equipo de investigación. Los dos tripulantes jamás regresarían a California Sub. El Kapt-SMV está ahora en reposo. Apenas comenzaran a funcionar sus motores, sería detectado de inmediato. Proyectiles desintegradores con radar saldrían para su destrucción. Desde diferentes plataformas de lanzamiento subterráneas.

—Le darían caza en el exterior —argumentó Keenan Arnold—. La velocidad de un Kapt, seleccionando bien el terreno a perforar, permitiría que saliera a la superficie sin ser alcanzado.

Jonas Gielgud asintió con vigoroso movimiento de cabeza.

—Correcto. Sería alcanzado en el exterior. Los dos tripulantes saltarían en las esferas de emergencia. ¿Y qué? ¿Cómo regresarían a California Sub? Los DCS comunicarían con los equipos de seguridad del exterior dando la posición de los evadidos. Los dos tripulantes quedarían con los minutos contados. Yo puedo permitir el sacrificio de dos vidas humanas siempre que sea de provecho para nuestra causa; pero no enviarles estúpidamente a la muerte.

—No tan estúpidamente.

Gielgud arqueó las cejas.

Fijando la mirada en Arnold.

—¿Qué quieres decir, Keenan?

—Ignoramos qué están haciendo la V Autocracia en el exterior. ¿Han construido ya una ciudad en superficie? ¿Dónde se emplazan? ¿Alberga al equipo de investigación, a los de seguridad? Son preguntas sin respuesta, Jonas. Dudo que el servicio de seguridad del exterior resulte tan eficaz como en Sub USA. Pueden ser burlados. Sólo con que el tripulante del Kapt-SMV salga con el armamento y equipo adecuado.

Jonas Gielgud se encogió de hombros.

Escéptico.

—Bien. Conforme con esa hipótesis. ¿Qué se adelantaría? Burlas a los DCS del exterior, pero jamás retornas a California Sub. Ni a ninguna de las ciudades de Sub USA.

—El no, pero sí pasaría su información.

Todas las miradas se centraron en Arnold.

Gielgud empequeñeció los ojos.

—Explícate, Keenan.

—Muy sencillo. El tripulante del Kapt-SMV, con un buen equipo transmisor, comunicaría con los Libertadores informándoles de sus descubrimientos. Por supuesto que sería una comunicación corta y cambiando de lugar para no ser descubierto, pero suficiente para notificar lo más importante. Entonces los Libertadores ya podrían actuar. Ya retarían al gobierno de la V Autocracia con datos. Y el pueblo reaccionaría.

—Ese tripulante estaría sentenciado, Keenan. A muerte... o a vagar solitario por la superficie del planeta. Escapando siempre. Temeroso de caer en manos del DCS del exterior. , No puedo pedir a ninguno de mis hombres ese sacrificio.

Keenan Arnold sonrió.

—No va a ser necesario, Jonas. Ya tienes un voluntario. Yo seré el tripulante del Kapt-SMV.

CAPITULO VII

El rostro de Jonas Gielgud semejaba una máscara de cera. Pálido. Inexpresivo. Endurecidas las facciones.

—No me gusta esto, Keenan. Jamás debí permitir que...

—Ya es demasiado tarde para retroceder, Jonas — interrumpió Arnold, sonriente—. Ya hemos cerrado el trato. Además... ¿cree que Sidney Hallett nos dejaría marchar con las cinco mil BS-1? Estamos en la boca del lobo.

Gielgud hizo una mueca.

Dirigió una circular mirada por la estancia.

Era como estar en el interior de una cámara acorazada. Así era el refugio de Sidney Hallett, jefe de los Ratas Negras. Una fortaleza. El mobiliario formaba unidad con el piso y las paredes. Iluminación por paneles.

Keenan Arnold y Jonas Gielgud estaban solos en la lenticular sala.

Una línea recta se fue abriendo en un tramo de la pared. Una línea cada vez más ancha. Descubriendo una puerta de acceso.

Apareció Sidney Hallett.

Un individuo joven. Alto. Corpulento. De rostro alargado, equino. Vestía chaquetilla de piel acerada y pantalones embutidos en botas de altas cañas. Del ancho cinturón plateado pendía una pistola multifuego. También enfundado asomaba el mango de un puñal teledirigido.

Hallett no entró solo.

Le acompañaba una mujer.

Una muchacha de largos cabellos rubios y ojos muy azules. Una mujer de provocativo cuerpo. Endiabladamente seductora. Vestía una túnica en aterciopelado diseño de piel de leopardo. Muy ceñida. Sus opulentos senos se bamboleaban a cada paso. Adornados por sensual movimiento de caderas.

—Todo en orden, amigo Gielgud —sonrió Sidney Hallett, mostrando una nívea y perfecta dentadura —. Puedes comunicar por el videophon con tus hombres. Ya se han hecho cargo de Kapt-SMV y lo controlan. ¡Ah, diablos! Estaba deseando desembarazarme de ese condenado artefacto. Ahora es tuyo, Gielgud. Sólo con entregarme lo

estipulado.

—¿Dónde está el videophon?

Sidney Hallett rió en ruidosa carcajada.

—No confías en mí, ¿eh?

—En absoluto.

—Muy inteligente, amigo; pero en esta ocasión no hay trucos. Me interesa desprenderme de ese artefacto. Ha sido una gran suerte llegar a un acuerdo entre caballeros.

Gielgud arrugó instintivamente la nariz.

—¿Puedo comunicar con mis hombres? Si ellos me dicen que todo está en orden, te entregaré el maletín.

—Sígueme. Tú puedes quedar aquí, Arnold. En compañía de Debra. Ella te hará los honores.

Gielgud y Hallett se encaminaron hacia la puerta. La doble hoja metálica volvió a unirse tras el paso de los dos hombres.

—¿Cuál es tu nombre? —sonrió la rubia dirigiendo a Arnold una devoradora mirada.

—Keenan.

—Keenan... Me gusta. Yo soy Debra. ¿También te gusta?

—Muy bonito.

—¿Y yo? ¿Te gusto?

Arnold entornó los ojos.

Contemplando más detenidamente a la mujer.

Sin duda no contaría más de veinte años de edad. Poseía un extraño brillo en sus azules ojos. Un destello enigmático. También la sempiterna sonrisa de los gordezuelos labios resultaba extraña.

—Eres una chica encantadora, Debra.

La muchacha volvió a reír.

En desaforada carcajada.

—No lo dices muy convencido. Espera... Lo comprobarás.

La joven se colgó del cuello de Arnold. Apretándose contra él. Entreabrió los carnosos labios besando ávidamente los de Arnold. Comenzó a mover las caderas. En sensual vaivén.

Keenan Arnold, perplejo, no reaccionó.

—Oh, Keenan... ¿Qué te ocurre? —murmuró la muchacha, casi sin despegar sus labios de Arnold—. ¿No sientes el calor de mi cuerpo? Mi piel quema...

Keenan Arnold mantenía los brazos pegados al cuerpo.

Inmóvil.

Fue Debra quien le tomó la mano derecha. Conduciéndola hacia los exuberantes senos. Presionándola contra ellos.

Arnold forzó una sonrisa.

Apartó la mano como si realmente quemara la piel de la muchacha.

—Oye, Debra... Eres muy amable, pero éste no es el lugar ni el momento adecuado. Puede regresar Sidney y...

—¿Sidney? ¡Oh, sí! —la muchacha parpadeó agrandando los ojos en estúpida mueca—. Se enfadaría. Soy su chica, ¿sabes? Hace unos días me sorprendió con uno de los muchachos. Un tal Gregory. Lo hizo pasar por el triturador de basuras. Sidney es muy celoso.

Arnold se separó aún más de la joven.

—¿Hay algo de beber, Debra? Me he quedado con la garganta seca.

—Seguro.

Debra abrió una lámina de la pared descubriendo un surtido botellero. Alguna de las bebidas en fino cristal tallado. Piezas antiguas. Sin duda fruto de la rapiña de los Ratas Negras.

La muchacha manipuló en diferentes botellas. Fue llenando el vibrovaso. Lo cerró para seguidamente accionar su funcionamiento.

—¿Muy frío, Keenan?

Arnold asintió.

Con la esperanza de que también se enfriara la temperamental muchacha.

Debra sirvió el combinado en un solo vaso. Se aproximó a Arnold.

Muy lentamente. Acentuando su sensual movimiento de caderas. Se pasó la punta de la lengua por los labios. A continuación bebió un pequeño sorbo.

Ofreció el vaso a Arnold.

Los ojos de la joven adquirieron un lascivo brillo.

—Bebe, Keenan… Junto a la huella de mis labios… Me gustas, Keenan. Yo siempre consigo lo que quiero. Y te quiero a ti.

Se abrió la compuerta de doble hoja.

Aparecieron Sidney Hallett y Jonas Gielgud. Este último ya no portaba el maletín con las cinco mil fichas BS-1.

—Ya nos podemos marchar, Keenan —dijo Gielgud—. Todo solucionado.

Arnold tendió el vaso a la muchacha.

—Adiós, Debra.

—Hasta pronto, amor —susurró la joven, con voz sólo audible para Arnold.

—¿Por qué no celebramos la operación? —sugirió Sidney Hallett—. Tengo un brandy magnífico. Se lo robé al alcalde de California Sub.

Gielgud denegó.

—Gracias, Sidney. Nos marchamos. Tenemos mucho trabajo.

—Os acompañaré hasta la salida. Mi casa es un auténtico laberinto. Debo protegerme contra los enemigos. También tú tienes enemigos, Gielgud. Tienes que cuidarte mucho.

—Sé cuidarme.

Hallett rió divertido.

—También yo. ¿Qué te ha parecido mi chica, Arnold?

—¿Cómo? Ah… Muy bonita.

—Sí, pero está loca —rió nuevamente Hallett—. Todos estamos locos. Aunque no todos alcanzamos el grado de los Libertadores. No cuentes conmigo para vivir en la superficie, Gielgud.

—Tranquilo, Sidney —respondió Jonas Gielgud, con fría voz—. Las

ratas estarán siempre bajo tierra.

* * *

Del horno electrónico llegaba un delicioso olor. Emplazado en la cocina. Formando unidad con el refrigerador termoeléctrico, el congelador y demás elementos.

Keenan Arnold y Jonas Gielgud se encontraban en el comedor.

El rostro del jefe de los Libertadores reflejaba preocupación. Repetidos movimientos de cabeza y mesar de cabellos delataban su nerviosismo.

—Terminarás por contagiarme tu nerviosismo, Jonas — sonrió Arnold—. Deja ya de preocuparte. Todo está en orden, ¿no? Tú mismo me lo acabas de notificar. El Kapt-SMV está preparado hasta en su menor detalle. Todo el equipo a bordo. Me he entrenado concienzudamente en la maqueta diseñada por el profesor Lubbock. Conozco el Kapt-SMV como mi auto. Y para mayor relajamiento, el viaje será programado y en conducción automática. El profesor lo prefiere así. Ha trazado la ruta a seguir. Será un viaje muy rápido.

—Sin retorno. ¡Dios! ¿Por qué no recapacitas, Keenan? Puede que pronto se encuentre solución a nuestro primitivo proyecto del cohete taladro.

—No hay que esperar más, Jonas. No debemos de esperar más. Tenemos que saber qué ocurre en el exterior y actuar en consecuencia.

—Imposible disuadirte, ¿verdad?

Arnold ladeó la cabeza.

Dirigiendo una mirada hacia la abierta puerta del salón. Fugaz. Volvió los ojos a Gielgud.

—Es a ella a quien debes convencer. Es una locura que me acompañe. Goldie no puede…

—Un momento —interrumpió Gielgud, sonriente—. ¿Por qué ella no? Lo ha decidido voluntariamente. Goldie pertenece a los Libertadores. El Kapt-SMV es de dos plazas. ¿Por qué iba a negarme? Si algo te ocurre a ti, queda la posibilidad de que Goldie transmita la información.

—Pero…

—Está enamorada de ti, Keenan. Quiere compartir tu suerte.

—También yo amo a Goldie. Y precisamente por eso no quiero conducirla a la muerte.

—¿Muerte? ¿Quién habla de muerte? —Goldie surgió sonriente. Con la felicidad reflejada en el rostro—. ¡Fuera pesimismos! Yo lo veo de otra forma. Keenan y yo. Bajo el cielo. Acariciados por el sol. Corriendo hacia una playa de fina arena... Solos. El DCS no puede estar en todas partes. Quedará un lugar para nosotros, Keenan.

Arnold no respondió.

Sí lo hizo Jonas Gielgud.

Correspondiendo a la sonrisa de la muchacha.

—Oye..., no había caído en esa perspectiva. Adán y Eva. Una nueva generación. Si nosotros seguimos condenados a vivir como topos, tú y Keenan... Casi estoy tentado de ocupar tu lugar, Keenan.

Los tres rieron alegremente.

—Ahora vamos a comer —dijo Goldie—. Llevamos semanas hablando y hablando del Kapt-SMV. Ensayos y más ensayos.

—Hoy es el gran día.

—Sí, Jonas. Y precisamente por ello no quiero oír hablar más del asunto. Esta es nuestra comida de despedida. La compartimos contigo, Jonas. Tú representas a todos los Libertadores. Para ti será nuestro último abrazo.

—Me gustaría estar presente en la salida del Kapt- SMV.

—Eso no es posible, Jonas. Ni tan siquiera acompañarnos al lugar.

—El campo de concentración de Wood Pass —sonrió Gielgud—, Hay que reconocer un cierto ingenio en los Ratas Negras. Esconder el Kapt-SMV en un campo de concentración abandonado por los DCS.

—Un campo que ellos conocían muy bien —añadió Arnold—. Muchos Ratas Negras han perecido allí. Se abandonaron los trabajos en Wood Pass por los continuos desprendimientos de tierra. Una tierra blanda. Móvil. Creo recordar que fue la IV Autocracia quien inició los trabajos en Wood Pass. Quería construir una nueva plantación conectada a California Sub-5.

—En efecto. Fracasaron. Ratas Negras, delincuentes comunes,

terroristas, presos políticos… Miles de vidas sacrificadas en esas galerías. Y luego abandonaron el proyecto.

—Afortunadamente para nosotros quedó el túnel de conexión. Con sus conductos de respiración.

—El despegue del Kapt-SMV derrumbará por completo Wood Pass. Taponándolo todo.

Keenan Arnold asintió.

—De ahí que no tengamos comité de despedida.

—¡Oh, por favor! —exclamó Goldie, con fingido enfado—. ¡Ya basta de hablar de ello! Keenan y yo vamos camino de la libertad. ¡Brindemos por ello!

Alzaron las copas servidas por la muchacha.

La sonrisa de Jonas Gielgud era desmentida por el brillo de sus ojos.

Consciente de que Arnold y Goldie viajaban camino de la muerte.

CAPITULO VIII

El auto conducido por Keenan Arnold, un monoplaza de alquiler, circuló por el túnel via que desembocaba en las galerías de Wood Pass. Los sistemas de aire acondicionado sí funcionaban en el conducto. También en algunas zonas de Wood Pass, aunque no en todas.

De ahí que Arnold, como medida de precaución, se ajustara la escafandra antes de la salida del túnel. Ya vestía el traje especial. Ahora camuflado bajo una amplia capa.

No encontró vigilancia alguna en el túnel de acceso a Wood Pass.

No era controlado por los DCS.

Nada había que custodiar en Wood Pass. Sólo plantas subterráneas y galerías condenadas al derrumbamiento. Un ambicioso proyecto después de ser regado con vidas humanas.

Al final del túnel vía partían varias ramificaciones.

Hacia diferentes grutas.

Keenan Arnold enfiló por el carril de la izquierda. Antaño plataforma deslizante, pero ahora convertido en pista fija.

Se adentró por el dédalo de cavernas.

Con los faros del auto en su máxima potencia.

La zona carecía de alumbrado.

Llegó a la galería donde se emplazaba en Kapt-SMV.

Situado en una rampa de lanzamiento. En posición casi vertical. Un vehículo de forma cónica. En su frente se acoplaban los poderosos discos lanzarayos. La parte trasera curvada y provista de un par de aletas.

El aparato era plateado.

De un brillo casi cegador.

Keenan Arnold descendió del auto. Se despojó de la capa. Su traje grisáceo se ajustaba herméticamente al yelmo de respiración. Del ancho cinturón con cartucheras pendía un revólver multifuego. También una pistola lanzadardos.

Arnold trepó por la escalerilla que conducía a la abierta compuerta

del Kapt-SMV.

En la cabina de mando las dos esferas de emergencia. El panel de instrumentos, pródigo en palancas y botones, eclipsado.

Arnold se ajustó una mochila.

Allí estaba el transmisor de alcance ilimitado. Sintonizando a la onda del cuartel general de los Libertadores. También en la mochila, junto con otras armas, un estudiado equipo de supervivencia. Sí.

El profesor Lubbock y sus colaboradores habían hecho un buen trabajo.

Especialmente en el Kapt-SMV.

Keenan Arnold sólo tendría que pulsar unos botones.

El de conducción automática, despegue y cuenta atrás del lanzamiento de las esferas de emergencia.

Solamente eso.

El itinerario del Kapt-SMV ya había sido programado. Casi en vertical hacia el exterior. En vertiginoso recorrido. Su salida a la superficie de seguro coincidiría con los proyectiles destructores lanzados por los sistemas de defensa del Departamento Seguridad Control.

Arnold consultó el digital de su reloj.

Impaciente.

Goldie se retrasaba ya unos minutos a la hora fijada. Jonas Gielgud no había considerado prudente que se desplazaran juntos hasta Wood Pass. Temeroso de alguna vigilancia por parte del DCS o de cualquier otro imprevisto. Si uno era capturado, el otro seguiría adelante con el plan.

En solitario.

Keenan Arnold descendió de nuevo la escalerilla.

De buen grado se hubiera despojado del yelmo para encender un cigarrillo. Se veían varios equipos generadores de aire y paneles de electroluminiscencia en galerías y plataformas de Wood Pass; pero ninguno de ellos en funcionamiento.

Arnold comenzó a pasear nerviosamente alrededor del auto. No se

había molestado en ocultar el vehículo. Cuando el Kapt-SMV despegara, todo aquello se, derrumbaría corno un castillo de naipes. Pocas pistas quedarían para los sabuesos del Departamento Control Seguridad.

Volvió a consultar el digital.

Pasaban ocho minutos de la hora fijada con Goldie.

Y también se había acordado un plazo máximo de espera. Quince minutos. Arnold esperaría aquellos quince minutos. Ni un nanosegundo más. Incluso interiormente deseaba que Goldie no apareciera. Que se hubiera demorado por cualquier insignificancia. Y quedara en California Sub. Con vida. Sin emprender aquel viaje hacia la muerte.

Keenan Arnold divisó el destello de unos faros.

Sonrió.

Una sonrisa que instintivamente acudió a sus labios.

Allí estaba Goldie.

El auto conducido por Goldie se había detenido. A la salida de una de las plataformas. Como si dudara del camino a seguir.

Keenan Arnold iluminó los focos de su auto en reiteradas intermitencias.

El vehículo de Goldie enfiló hacia él.

A gran velocidad.

Se detuvo a poca distancia de Arnold.

La muchacha saltó del vehículo. También con el traje grisáceo y el yelmo. No había tomado la precaución de cubrirse con una capa, pero eso ya poco importaba.

Keenan Arnold le hizo una repetida seña indicando el digital.

El yelmo les impedía comunicarse verbalmente.

Subieron la escalerilla hacia el interior del Kapt- SMV.

Keenan Arnold se acomodó en una de las abiertas esferas de emergencia siendo imitado por la muchacha. Presionó unos botones y palancas del panel de instrumentos.

Cerrado de escotilla, cuenta atrás de despegue, conducción automática y prelanzamiento de esferas de emergencia.

Todo funcionó a la perfección.

Las esferas de emergencia se cerraron protegiendo respectivamente a los tripulantes. Creando un habitáculo con composición, humedad, temperatura y presión acorde con las exigencias del organismo humano.

Keenan Arnold se despojó del yelmo.

Ya no lo necesitaba en el interior de la esfera.

— ¡Eh, Goldie! Ya puedes quitarte el casco —rió Arnold—. Dentro de unos segundos despegaremos.

Las dos esferas podían comunicarse entre sí.

La muchacha manipuló torpemente en el yelmo.

La escafandra era de plástico armado con fibras de vidrio. Forrado interiormente con espuma de caucho. La visión se realizaba a través de una abertura del vidrio, aunque resultaba opaco para el interlocutor.

— ¿Qué haces, Goldie? Así jamás lo conseguirás... Tienes que tirar primero de las anillas del cuello. De esos hilos de nylon que... ¡Maldita sea! Lo hemos ensayado millones de...

Keenan Arnold enmudeció.

Agrandó los ojos.

El Kapt-SMV iniciaba el despegue.

Arnold ni tan siquiera reparó en ello.

Contemplaba estupefacto a la muchacha.

Ya se había despojado del yelmo. Mostrando sus rubios cabellos. Sus brillantes ojos azules. La amplia sonrisa de sus labios...

Le llegó la sonora carcajada.

La risa histérica de Debra.

CAPITULO IX

Un rayo apocalíptico.

Como una espada llameante empuñada por los ángeles del fin del mundo.

El Kapt-SMV horadó la tierra a vertiginosa velocidad. Y emergió a la superficie. Desafiante. Sin detener su triunfal avance. Elevándose ahora al cielo.

Fue entonces cuando saltaron expulsadas las dos esferas de emergencia. Unidas entre sí. En dirección contraria a la trayectoria emprendida por el Kapt-SMV.

Un sistema de autofrenado fue amortiguando el descenso de las esferas.

Y antes de entrar en contacto con el suelo se presenció la destrucción del Kapt-SMV. Desintegrado en el aire. Alcanzado por proyectiles.

Keenan Arnold accionó el mando que abría las escotillas de salida en las esferas.

Debra fue la primera en salir del habitáculo.

Precipitándose hacia Arnold.

— ¡Hola, amor! Ya te...

No pudo seguir hablando.

Arnold le soltó un revés con la zurda. Un violento trallazo al rostro de Debra que la hizo caer aparatosamente. Un hilillo de sangre asomó por entre los carnosos labios femeninos.

La muchacha, después de un breve y perplejo parpadear, comenzó a reír.

Desaforada.

—Empiezas a quererme, ¿eh, Keenan? Sidney también me maltrata. Y Sidney me quiere mucho.

—¡Maldita estúpida! —Arnold la atrapó por los hombros incorporándola. La zarandeó — . ¿Qué has hecho de Goldie?

—¿Goldie? Ah, sí... No podía permitir que te acompañara en tan fantástico viaje. Sidney me habló de ello. Salir al exterior... ¡Fabuloso! Te sometí a vigilancia. A ti, a esa tal Goldie... Todo a espaldas de Sidney. Hay Ratas Negras dispuestas a todo por conseguir mis favores. Esas Ratas Negras siguieron vuestros pasos y me informaron. Llegado el momento, me personé en el apartamento de Goldie. Cuando se disponía a vestirse y marchar hacia Wood Pass. Yo tomé su lugar. Así de sencillo.

—¿Y ella? ¿Le has hecho algo a Goldie?

—Oh, no... Sólo un pequeño golpe para dejarla sin sentido. No se dejaba convencer, ¿sabes? No quería que yo ocupara su puesto.

—¡Estás loca!

El brillo se incrementó en los azules ojos de Debra.

Un siniestro fulgor.

—No digas eso, Keenan... No lo digas... No estoy loca...

—¡Al diablo contigo! —respondió Arnold, irritado—. Empieza a cargar con tu equipo. Tenemos que largarnos de aquí cuanto antes.

Debra no pareció oírle.

Comenzó a respirar profundamente. Abriendo los brazos en cruz. Hinchando al máximo sus opulentos senos.

—¡Eh, Keenan! ¿Qué ocurre con el sol? ¿Dónde está el sol?

Arnold, furioso por la suplantación, ni tan siquiera había reparado en aquel su primer contacto con la superficie.

Alzó la mirada al cielo.

Un cielo gris.

Plagado de amenazadoras nubes.

—No hay sol, Debra. Un día nublado. Sin duda un mal presagio. ¡Maldita sea...! ¡Termina de una vez! Tienes que ajustarte el heliplex.

—¿Dónde...?

Keenan Arnold comenzó a maldecir como un poseso.

Debra no le iba a ser de mucha ayuda. Todo lo contrario. No tenía absolutamente idea de nada.

—¡Esto, condenación! ¡Esto! —gritó Arnold, atrapando el cinturón heliplex—. Las cintas son para sujetarlas a la cintura y hombros.

—Sé manejarlo.

—¿De veras? ¡Magnífico! ¡Magnífico! Carga con tu mochila y larguémonos de aquí.

—¿Qué hay en la mochila, Keenan?

Arnold sonrió.

Duramente.

—Esto no es una excursión, nena. No vamos a pasar aquí el *week-end*. Ya no es posible regresar a California Sub. ¡A ninguna de las ciudades de Sub USA! El contenido de esas mochilas nos ayudará a sobrevivir en un nuevo ambiente hasta ahora desconocido para nosotros.

—No me asusta eso, Keenan. Tú y yo... Solos... Todo el planeta para nosotros...

—También están los DCS de superficie. Ignoro dónde, pero no estamos solos. ¡Y nos liquidarán apenas vernos! Así que... ¡emprendamos el vuelo!

Keenan Arnold ya se había acoplado el heliplex. Ayudó a Debra a ajustarse el equipo.

Arnold manipuló en el disco del heliplex.

Una especie de cinturón cohete con micromotor de peróxido de hidrógeno en doble tobera.

Inició el ascenso.

También Debra hizo funcionar su heliplex.

Sobrevolaron a poca altura. Con velocidad moderada.

Una desértica planicie. Árida. Sin vegetación alguna. Al fondo se alzaban unas colinas rocosas. Envueltas en fantasmagóricas brumas.

Un paisaje desolador.

Sombrío.

Recorridas unas cincuenta millas fue cuando encontraron el primer signo de vida. Primero fue el volar de unos pájaros en la distancia. Luego el bosque. Árboles que cercaban las cristalinas aguas de un arroyo.

Y también descubrieron las casas.

Edificios semidestruidos. Erosionados. Azotados por el paso del tiempo y víctimas del total abandono.

Debra, movida por la curiosidad, hizo ademán de descender; pero Arnold le denegó autorización con enérgico movimiento.

Prosiguieron.

Keenan Arnold ya tenía trazada una ruta. Estudiada junto con el profesor Lubbock. Primero un recorrido hacia el suroeste. En dirección a la costa californiana. Una visita a la primitiva ciudad de Los Ángeles. Luego hacia el norte. En busca del equipo de investigación y las ciudades construidas por la Autocracia.

Arnold ya contaba con una buena noticia que comunicar a los Libertadores.

El sensor pulsera acoplado a la muñeca izquierda de Arnold, en una de sus micropantallas, señalaba «R-Cero». Ausencia de radiactividad. Indicando también una atmósfera respirable.

Se detuvieron en varias ocasiones para descansar y comer algo.

Reanudaron el viaje.

Keenan Arnold estaba deseoso de llegar a Los Ángeles. Había visionado infinidad de películas sobre la ciudad. Videos del siglo XX. Cuando Los Ángeles alcanzó su máximo esplendor. Y también su máximo índice de contaminación. Luego, llegó el cataclismo. El exterminio. Las siniestras garras de la muerte atenazando a todo el planeta Tierra.

En diferentes escalas se vieron obligados a reponer el micromotor del heliplex.

El día había clareado un poco más, aunque el sol continuaba sin dejarse ver. Lo primero que divisó Arnold fue el viejo trazado de las

autopistas que cercaban a la ciudad de Los Ángeles. El endiablado laberinto de carreteras. Una atroz megalópolis que ahogó a la ciudad. Sí.

Allí estaba la ciudad de Los Ángeles.

Lo que quedaba de ella.

Keenan Arnold sintió un nudo en la garganta. Una sensación de angustia. También un escalofrío que le recorrió de pies a cabeza.

El había contemplado un video a una orgullosa ciudad. A un gigantesco monstruo de cemento e hierro. Elevándose desafiante al cielo. Extendiéndose majestuosamente.

Ahora...Beberly Hills, Santa Monica» Culver City... Todo en ruinas. Escombros. No sólo el paso del tiempo había hecho mella en la ciudad. Se acusaba también la invasión del mar. Sin duda las aguas del Pacífico se habían adentrado en la ciudad para luego retroceder. Dejando huellas de su acción devastadora.

Keenan Arnold hizo una seña a la muchacha.

Descendieron.

En el centro de lo que fuera bella ciudad del condado de Los Ángeles.

— No me gusta —sonrió Debra, mirando a un lado y otro—. Es una ciudad muerta.

Arnold no respondió.

Ya estaba pisando el asfalto. Alfombrado de arena. La Grand Avenue. En Broaway. Aquél era el Taylor Building. Lo recordaba. Aparecía en varios de los videos. El edificio más alto de la ciudad.

Ahora era una montaña de escombros. Con vigas enmohecidas. Recubiertas de musgo, algas, arena...

Caminaron.

Rodeados de aquel impresionante silencio y soledad de la ciudad muerta. En algunos restos de chatarra se adivinaba el diseño de un auto o un bus. Ningún cristal en los edificios. Calles alfombradas de musgo, arena, cieno...

Charlotte Park.

Como una ironía del destino, el poste anunciador todavía mantenía visibles sus grandes letras. Sólo que nada quedaba del Charlotte Park. Ni un sólo árbol. Ni el menor arbusto.

Keenan Arnold se aproximó a uno de los bancos de piedra.

Se despojó de la mochila manipulando en los cierres.

Debra curioseaba por entre los establecimientos cercanos. Puertas derribadas y escaparates abatidos permitían el paso al interior de los comercios. Poco había que contemplar.

Retornó junto a Arnold.

Riendo a carcajadas.

—¡Eh, Keenan! ¡Tenemos que aproximarnos al mar! ¡Quiero bañarme en una playa de azules aguas!

Arnold no le hizo el menor caso.

Ya estaba terminando de montar el transmisor.

La muchacha se acercó.

—¿Qué es eso, Keenan? Parece un transmisor…

—Es un transmisor.

—¿Para qué lo quieres?

—Voy a comunicar con los Libertadores.

Keenan Arnold concluyó de instalar el aparato. Se inclinó hacia la mochila. Y fue al girar nuevamente hacia el banco cuando quedó inmóvil.

Contemplando estupefacto a Debra.

La muchacha había desenfundado su pistola multifuego.

Y sin dejar de sonreír presionó el disparador destrozando por completo el equipo transmisor.

* * *

Keenan Arnold no reaccionó.

Su mueca de estupor e incredulidad resultó casi cómica. Parpadeó.

Una y otra vez. Contemplando los humeantes restos del destruido transmisor.

Lentamente desvió la mirada hacia la muchacha.

Debra había retornado la pistola a la funda. Correspondió a la perpleja mirada de Arnold con una amplia sonrisa.

—No te enfades, Keenan; pero no podía permitir que comunicaras con los Libertadores. No quiero que vengan a rescatarnos. Tenemos el planeta para nosotros. Tú y yo. Solos. No quiero volver a California Sub.

Arnold sintió ganas de llorar, gritar, golpear salvajemente a la mujer...

Nada de eso hizo.

Se limitó a esbozar una amarga sonrisa.

—Rescatarnos...

—Esa era tu intención, ¿verdad, Keenan?

—Acabas de echar por tierra las ilusiones de miles de seres, Debra. Miles de hombres y mujeres que ambicionaban ser libres. Ya no podré comunicarme con ellos. Imposible ya informarles de lo que ocurre en el exterior. De los proyectos de la V Autocracia.

La joven rió agitando sus rubios cabellos.

Denegando con la cabeza.

—No me engañas, Keenan. Querías comunicar con ellos para que nos rescataran. ¡Y yo quiero seguir aquí! ¡Conocer todo esto! Apuesto que nos queda todavía mucho por recorrer. ¡Muchos lugares que descubrir!

Debra comenzó a correr y saltar.

Riendo a carcajadas.

Keenan Arnold continuó inmóvil. Con la mirada fija en el destruido transmisor. En aquellos restos humeantes. De imposible reparación. En la mochila contaba con algunas piezas de recambio. Las más importantes. Las necesarias para una reparación de emergencia; pero imposible recomponer todo el aparato.

La risa de Debra resonaba con fuerza en la silenciosa ciudad.

Sus carcajadas estridentes.

Bruscamente quedaron ahogadas. Por un súbito clamor. Por un rugir de cientos de gargantas. Infrahumanos alaridos que atronaron por doquier.

Arnold parpadeó.

Sorprendido.

Contemplando incrédulo la aparición de aquellos monstruos. Sí.

Eran monstruos.

Seres deformes que surgían de entre los semidestruidos edificios que rodeaban el Charlotte Park. Armados con cuchillos, hachas, martillos...

Debra aulló de terror.

Quiso retroceder y acudir junto a Arnold, pero le fue cerrado el paso. Una veintena de aquellos individuos se lanzaron sobre la muchacha.

— ¡Mía!... ¡Es mía! —vociferaban casi al unísono—. ¡Dejadme a mí!

Y un centenar de aquellos monstruos corrieron también hacia Arnold.

Cercándole.

Keenan Arnold, aunque alucinado y aturdido, reaccionó apoderándose de la pistola multifuego.

Pudo contemplar más de cerca a aquellos deformes individuos. Macrocéfalos. Sin cejas ni pestañas. La cabeza rapada. Piel de un tono casi verdoso. Muchos de ellos con malformaciones. Brazos desiguales, manos con dos o tres dedos o convertidas en repulsivo muñón, piernas atrofiadas, cuerpo llagado...

No soltaban sus cuchillos, hachas o demás objetos cortantes.

No los lanzaban contra Arnold.

Como si temieran perderlos.

Keenan Arnold comenzó a disparar. Cuando ya diez de aquellos monstruos se habían acercado a él amenazadores. Alzando sus armas.

Seis de ellos cayeron bajo el fuego de Arnold, pero sin que los

restantes detuvieran su avance. Todo lo contrario. Incrementaron sus infrahumanos gritos.

— ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!

Arnold disparaba a izquierda y derecha.

Girando.

Con el rostro demudado.

Le estaban cercando.

Centró los disparos sobre uno de los grupos. Sin retroceder. Avanzando. Saltando sobre los cadáveres. Corriendo hacia uno de los edificios más cercanos. Sin dejar de disparar.

Logró introducirse en la planta baja del semidestruido edificio. Penetrando por el hueco del escaparate. No se detuvo en su enloquecida carretera. Siguió hacia la escalera que descubrió al fondo. Una vieja escalera mecánica. Enmohecida. Alfombrada de sucia arena.

Subió los peldaños de dos en dos.

Giró al llegar al primer piso.

A tiempo de disparar sobre los tres individuos que le estaban dando alcance. Tres hombres de rostro desencajado. De purulentas facciones. Asomando unos amarillentos y afilados colmillos por la boca. Dos de los individuos tenían los brazos atrofiados. Terminados en repulsivo muñón de dos únicos dedos.

Los tres hombres cayeron fulminados.

Carbonizados por el fuego de la pistola que les alcanzó a quemarropa.

Keenan Arnold se encerró en una de las habitaciones del primer piso. Una puerta que contaba con grueso pasador de acero.

Quedó jadeante.

Casi sin respiración.

Del infrahumano griterío que se escuchaba en Charlotte Park destacó un alarido femenino. El desgarrador grito de Debra. Un angustiado y sobrecogedor aullido de terror.

Arnold se precipitó hacia el ventanal.

Un indescriptible horror paralizó por completo a Keenan Arnold. Sintió flaquear las piernas. Presa de un súbito temblor que se apoderó de todo su ser. Movió los labios. Incapaz de articular sonido alguno.

La más macabra y alucinante de las escenas se desarrollaba ante sus ojos.

Infernal.

Como la más horrible de las pesadillas.

Aquellos hombres vestidos con harapos y pieles ya no le perseguían. Se habían lanzado sobre los cadáveres de sus propios compañeros. Les estaban troceando. Abriéndoles el pecho y arrancándoles el corazón que devoraban ávidamente con sus afilados colmillos.

Eran caníbales.

Y en cuanto a Debra...

No.

Debra ya no gritaba.

Le había sido arrancado el vestido, la mochila, las botas... Hasta quedar totalmente desnuda. Aquellos hombres tiraban salvajemente de los rubios cabellos femeninos, de los brazos, abriendo brutalmente las piernas de Debra...

Una veintena de hombres.

De bestias.

Ya no peleaban entre sí. Ya no se disputaban la presa. Un individuo corpulento parecía mantener el orden.

Rostros demoníacos, deformes, encendidos...

Un individuo volcado sobre Debra.

Los demás esperando.

Debra era ya cadáver, pero eso no parecía importar a aquellas criaturas del Averno.

CAPITULO X

Keenan Arnold retrocedió.

Instintivamente.

Incapaz de seguir contemplando la alucinante escena.

Examinó el segmentado cañón de la pistola multifuego. Casi ya al mínimo. Sólo con capacidad para cinco descargas más. Y la munición de repuesto había quedado en la mochila. Junto con el resto del equipo. Incluido el heliplex.

Arnold pareció reaccionar a todo aquel horror.

Tenía que escapar de allí.

Antes de que aquellos salvajes se decidieran por darle caza. Ahora estaban muy ocupados devorando a sus propios compañeros caídos, disputándose los restos humanos, gritando y vociferando en torno a Debra...

La fiesta pronto terminaría. Y entonces recordarían a Arnold.

Sí.

Era preciso escapar cuanto antes.

Keenan Arnold no acudió hacia la puerta. Temeroso de que estuvieran allí esperándole. Se adentró por el apartamento. Paredes derribadas. Techos hundidos...

Descubrió el hueco del elevador.

La cabina estaba en el fondo. Totalmente destrozada. Los cables enmohecidos. Al igual que la escalera de mano acoplada en la pared. Utilizada para reparaciones del ascensor.

Arnold se arriesgó.

No tenía ninguna otra salida.

Comenzó a descender por la escalera. Hasta llegar a la destrozada cabina del elevador. Situada en los sótanos del edificio. En la zona de parking subterráneo.

Keenan Arnold avanzó.

En total oscuridad.

Los respiraderos del parking y vidrieras de iluminación habían

quedado taponadas por escombros. Incluso en el sótano podía oír los gritos, las exclamaciones, el vociferar de los salvajes... De nuevo volvían a disputarse la posesión de Debra.

Algo hizo detenerse a Arnold.

Tropezó con algo.

Algo movible.

Algo que pareció aferrarse a su bota derecha. Escuchó también el sonido. Un agudo chillido.

Keenan Arnold, que hasta entonces no quiso accionar el disco lumínico de la pistola, decidió romper toda prudencia.

Lo presionó.

Enfocando hacia el suelo el rayo de luz.

Palideció de terror.

Desorbitando los ojos.

Contemplando espeluznado la descomunal rata aferrada a su bota derecha. Una rata del tamaño de un conejo. De sucio pelaje húmedo. En algunas partes de su cuerpo aparecían claros carentes de pelo. Mostrando su repulsiva carne. Llagada. La cabeza de la rata era diminuta. Desproporcionada con su enorme cuerpo. Las patas también parecían haber sufrido mutación.

Arnold comenzó a sacudir la pierna derecha.

Los chillidos de la rata se acentuaron. Estridentes.

Sin soltar su presa. Clavando los dientes en la resistente bota.

Keenan Arnold comenzó a golpear al repulsivo animal con el cañón de la pistola. Agitando la pierna una y otra vez.

La rata terminó por escapar.

Agudizando sus chillidos.

Arnold quedó jadeante. Alucinado. Con la sangre golpeándole con fuerza en las sienes. El pulso acelerado.

—Dios... Dios...

Tras murmurar aquellas dos palabras empezó a correr. Con

desesperación. Ya no eclipsó el foco de la pistola. Iluminando el parking subterráneo corrió hacia una de las bocas de salida.

Mentalmente había calculado su posición.

Se encontraba al otro lado del Charlotte Park.

Los monstruos estaban paralelos a él. Separados por el semidestruido edificio. Siempre que la ciudad no estuviera plagada de caníbales.

La plataforma peatonal de salida estaba taponada por escombros. También la rampa de vehículos, pero se veían resquicios de luz. Suficientes para permitir el paso de una persona.

Keenan Arnold avanzó.

Lentamente.

Ya había girado el disco lumínico en la pistola. No lo necesitaba. La claridad que le llegaba era más que suficiente.

Llegó junto a las piedras que bloqueaban la salida. De un poste de tráfico abatido pendía un cartel metálico.

Tyler Street.

Arnold serpenteó por entre los escombros hasta conseguir salir. Parpadeó. Deslumbrado. El sol había vencido la oposición de las nubes.

Un sol que Arnold no se molestò en admirar.

Su único pensamiento era escapar de allí.

Abandonar aquella ciudad maldita.

Corrió por Tyler Street. Por entre las ruinas. Atajando al entrar en destruidos edificios que utilizaba como pasillo para acortar distancia.

Sin detenerse.

Más de una vez trastabilló cayendo aparatosamente. Las piernas se negaban a sostenerle, pero Arnold continuaba corriendo…

Bañado en sudor, casi sin respiración, dominado por la fatiga…; se detuvo unos instantes.

Su agitado respirar le resonaba con fuerza en el interior del cerebro. El latir de sus sienes. El retumbar de su corazón…

Estaba a poca distancia de un bus con la carrocería milagrosamente intacta. Incluso podía leerse el nombre de la compañía. California Rapid Transit. El sistema de autobús en el condado de Los Ángeles.

Keenan Arnold reanudó la marcha.

Su desenfrenada carrera.

Estaba próximo a las Beverly Hills. Su intención era remontarlas y alcanzar las Santa Monica Mountains. Aquél era el plan trazado con el profesor Lubbock. En California Sub.

Todo teoría.

La realidad estaba allí.

Acosando a Keenan Arnold.

* * *

El romper de las olas en los acantilados despertó a Keenan Arnold. También la claridad del nuevo día. Entreabrió los ojos. Trabajosamente.

Intentó incorporarse, pero desistió de ello. Le dolía todo el cuerpo. Brazos y piernas le pesaban como si fueran de plomo.

Siguió refugiado entre las rocas.

Allí había caído exhausto la noche anterior. Cuando las sombras nocturnas le impidieron continuar su carrera.

Sí.

Había alcanzado las Santa Monica Mountains.

Estaba muy próximo a la costa. Sin duda el mar había ganado terreno a las Santa Monica Mountains. Tras éstas, una extensión desértica. Hacia el norte. Siguiendo el plan estudiado con el profesor Lubbock. Sólo que Arnold ya no contaba con el heliplex para desplazarse.

Había escapado de los monstruosos caníbales.

Ahora le esperaba una muerte lenta.

Keenan Arnold abrió una de las cartucheras de su cinturón. Repleta de pastillas de alimentos concentrados. También de tabletas

vigorizantes.

Las iba a necesitar.

Permaneció pensativo largo tiempo.

Ahora sí contempló el amanecer. El sol asomando con sus tímidos rayos. Iluminando el nuevo día.

Un bello amanecer que no fue apreciado por Arnold.

Pensaba en Goldie, en los Libertadores, en su propia situación… Todo había salido mal. Ya desde un principio. Jonas Gielgud estaba en lo cierto. La idea era descabellada. Arnold era consciente de ello, pero se hubiera dado por satisfecho con poder comunicar con los Libertadores. Ahora, ni con el transmisor en su poder, hubiera tenido éxito su misión.

¿Qué comunicar? ¿Cómo dar con los equipos de la V Autocracia? ¿Dónde se encontraban?

Imposible caminar por toda la superficie del planeta hasta dar con ellos. Ni tan siquiera conseguiría cruzar el desierto de las Santa Monica Mountains.

Keenan Arnols se incorporó.

Comenzó a andar.

A las pocas horas, cuando el sol ya casi alcanzaba la perpendicular sobre el horizonte, se vio sorprendido por un extraño destello.

Originado en una hondonada.

Algo brillaba con fuerza al recibir los rayos del sol.

Keenan Arnold realizó un pequeño rodeo para aproximarse al lugar. Intrigado por aquel resplandor. Comenzó a descender hacia la hondonada.

Lo descubrió.

Sobre una planicie.

Allí estaba el aparato.

Un planeador. De metálico color bermejo. Muy brillante. Diseñado en plano de sustentación extremadamente deltoide. Superficie superior plana y la inferior curvada. Dotado de un par de aletas y timones en la

cola.

Arnold parpadeó.

Perplejo.

Después de su encuentro con salvajes caníbales tropezaba ahora con un planeador aéreo. Un vehículo de avanzado diseño.

El aparato mantenía deslizada la escotilla superior de acceso.

Keenan Arnold incrementó sus precauciones.

Reanudó el descenso.

Pudo entonces distinguir el grabado en el fuselaje del aparato. En negro. Destacando sobre el rojo metal. Unas siglas.

Muy conocidas para Arnold.

El escudo del Departamento Control Seguridad de Sub USA.

CAPITULO XI

El hombre estaba a poca distancia del planeador. Vestía uniforme completamente negro con cinturón y botas plateadas. Se había despojado del casco. Un individuo joven. De facciones angulosas.

—Un solo movimiento y eres hombre muerto.

El individuo quedó rígido.

Ni tan siquiera giró al oír los pasos a su espalda.

Keenan Arnold se aproximó empuñando en su diestra la pistola multifuego. Se situó frente al sorprendido individuo. Este arqueó las cejas.

—Eh..., ¿quién eres tú?

—El que hace las preguntas —replicó Arnold, con dura voz—, Y no estoy de humor, hermano. Procura ser rápido en las respuestas o te enviaré al infierno.

El individuo esbozó una sonrisa.

—Poca munición te queda...

—Suficiente para convertirte en ceniza. ¿Cuál es tu nombre?

—Alvin Pickett.

—¿Qué haces fuera de Sub USA?

El individuo amplió la sonrisa.

—Divertida pregunta. Mi misión es deambular por el exterior, pero tú eres un topo. ¿Cómo diablos has conseguido salir de la madriguera?

El brazo derecho de Arnold trazó un semicírculo.

Con violencia.

El cañón de la pistola golpeó brutalmente en el rostro del individuo. Destrozándole la nariz y haciéndole saltar varios dientes.

Cayó con el rostro ensangrentado.

—No me tomas en serio, Alvin —silabeó Arnold—. Y haces mal.

Estoy muy nervioso. Con deseos de descargar mi ira en alguien. Y tú, por el simple hecho de pertenecer al DCS, eres una magnífica víctima. ¡Responde a mis preguntas! ¿Qué haces fuera de Sub USA?

Alvin Pickett se incorporó tambaleante.

La sangre que manaba por su nariz y reventados labios le resbaló por la barbilla.

—Es…, es mi misión… Vigilar la zona aérea. Formo parte de una cuadrilla de quince planeadores. Cada uno sobrevolando su demarcación. Yo soy el encargado de California.

—¿Vigilar? ¿Qué tipo de vigilancia? ¿Contra quién?

El individuo dudó.

Temeroso de responder.

Se decidió al ver la expresión en el rostro de Arnold. El modo de alzar el cañón de la pistola y apuntarle.

—Contra…, contra los salvajes que pululan por las ciudades destruidas…

De nuevo el brazo derecho de Arnold giró con violencia. Contra el rostro de Alvin Pickett. El segmentado cañón dibujó sanguinolentos surcos en el rostro del individuo. El brutal trallazo le hizo caer de rodillas. Aturdido.

—Dos veces, Alvin. Y pierdo la paciencia. Si vuelves a mentirme, te vuelo la cabeza. Sin contemplaciones. ¿Un planeador para vigilar a salvajes armados con cuchillos? ¡Quiero la verdad!

Pickett demoró unos instantes la respuesta.

Sólo el tiempo de recuperarse del lacerante dolor.

—Vigilamos…, vigilamos todo el espacio aéreo en previsión de una posible incursión de fuerzas de Sub Europa.

—¿Incursión? ¿Contra qué? Las ciudades subterráneas ya cuentan con sistemas de defensa. Te refieres a las instalaciones de la V Autocracia en el exterior, ¿no es eso?

—Sí…

—¿Dónde está situada y en que consiste esa ciudad?

—En la superficie de Texas. No es una ciudad, sino una base de lanzamiento. De allí partirá la nave espacial hacia el planeta Bastro. Se están ya ultimando los detalles. En este mismo año se iniciarán los viajes espaciales.

Arnold parpadeó.

Estupefacto.

—¿A Bastro...?

—El planeta posplutónico. Descubierto y explorado por sondas a finales del siglo XX. Se demostró que era similar a la Tierra en atmósfera y...

—¡Eso ya lo sé, maldita sea! —gritó Arnold—. ¿Por qué ese viaje espacial a Bastro? Aunque... empiezo a comprender... No han investigado y estudiado en la superficie terrestre. Todos estos años..., todos los esfuerzos de la Autocracia han ido encaminados... Jamás pensaron en retornar a la superficie... Todo este tiempo...

—Se prosiguieron las investigaciones espaciales interrumpidas por el cataclismo. Apenas se pudo retornar a la superficie, se procedió a realizar un vuelo tripulado para explorar Bastro y comprobar *in situ* si era realmente habitable para el hombre. Ciertamente fueron muchos años de investigación, de esfuerzo y...

—Malditos..., malditos...

—Tú puedes ser uno de los nuestros. Uno de los que se desplacen a Bastro. Al nuevo mundo. Rico en yacimientos y recursos. Un paraíso. Está ya todo preparado. El gobierno lo entendió así. Desde un principio. Era absurdo tratar de habitar aquí. De retornar a la superficie. Estaba todo emponzoñado.

—No... ahora no lo está... Y de haber encomendado la misión a especialistas ecólogos, la Tierra sería nuevamente un paraíso; pero la Autocracia se decidió por Bastro. Un planeta para los elegidos, ¿no es eso? Para los adictos y servidores de la V Autocracia.

Pickett forzó una sonrisa.

—Debes comprenderlo... Es imposible transportar a todos... Se realizarán varias expediciones espaciales. Tenemos casi a punto la primera de las cosmonaves. Una auténtica plataforma volante. Capaz de albergar a más de...

—¿Por qué temer a Sub Europa? —interrumpió Arnold—. Ellos, al

igual que nosotros, habitan en ciudades subterráneas. También son topos. ¿Acaso también proyectan emigrar de la Tierra?

—No. La vigilancia aérea es mera medida de prudencia. Rutinaria. Nadie se aproxima por la superficie de Texas. Hemos… limpiado la zona. Todos los salvajes de allí exterminados. La base de lanzamiento es top secret. Inaccesible.

—¿Por qué has aterrizado?

—Acostumbro a hacerlo. Nuestro equipo de pilotos es reducido. Incluso dentro del DCS de las distintas ciudades de Sub USA se ignora el gran proyecto. Somos muy pocos los que patrullamos por el exterior. De ahí que en ocasiones esté de servicio más de diez horas.

Arnold endureció las facciones.

—Tranquilo, Alvin. Ya lo has terminado. Vas a morir.

—No…, no dispares… Yo puedo ayudarte…

—¿Ayudarme? —rió Arnold, despectivo—. ¿A ir a Bastro? No soy idiota, Alvin. Conozco a la V Autocracia. Además… no quiero ir a Bastro. Yo quiero seguir aquí.

—Apuesto que estás solo. Ignoro cómo has logrado salir de California Sub, pero sé que te resulta imposible regresar. Nadie puede regresar. No hay conducto de entrada. Yo sí puedo hacer que retornes a California Sub.

—¿De veras?

Pickett asintió.

Nerviosamente.

—El planeador… El aparato sí puede regresar a California Sub. Terminado mi servicio sólo tengo que pulsar el mando control de retorno. Está programado para regresar al túnel de lanzamiento… Emplazado en California Sub. En el cuartel general secreto. Es una cámara unida a California Sub Uno. Me quedan seis horas de servicio. Si presiono antes al mando de control sospecharían… Esperaremos. Yo puedo camuflarte. Será sencillo.

—Sigue, Alvin. Sigue hablando. Me interesa.

Pickett forzó una sonrisa.

—Del planeador se pasa directamente a un pasillo de vestuarios.

Tengo la ficha especial que abre todas las puertas. Te la entregaré… Yo quedaré en el planeador. Atado y amordazado. Cuando me descubran diré que fui sorprendido y…

—¿Dónde está esa ficha, Alvin?

—En el planeador. Sobre el cuadro de mandos. Es también llave de contacto.

—Voy a arriesgarme, Alvin.

El individuo se esforzó en ocultar el siniestro brillo que asomó a sus ojos.

—Lo conseguiremos. No dudes que…

—Voy a arriesgarme yo solo, Alvin. Tú te quedas aquí. Juntos sería suicida. Para mí, por supuesto. Empieza a desnudarte. Vamos a cambiar la vestimenta.

—No…, no pensarás abandonarme aquí…

—Correcto, hermano. Tú conoces bien el lugar. Con un poco de suerte conseguirás sobrevivir. Te aconsejo mantenerte alejado de los salvajes que…

Alvin Pickett atacó súbitamente.

Intentando sorprender a Arnold.

Fracasó.

Keenan Arnold esperaba aquella reacción. Se hizo a un lado esquivando la acometida de Pickett a la vez que le golpeaba en la nuca con el cañón de la pistola. Un seco golpe que hizo caer de bruces al individuo. Sin sentido.

Arnold procedió a desnudarle.

Minutos más tarde el negro uniforme, el cinturón y las botas plateadas. Dejó su anterior ropa junto al caído. También la pistola multifuego y el cuchillo lanzadardos. Llevarlos consigo podría delatarle. No formaba parte del equipo de un DCS.

Arnold se acomodó en la cabina del planeador.

Deslizó la escotilla de acceso.

En menos de quince minutos se hizo una idea del control del

aparato. Y las pocas dudas que le surgían las solucionaba consultando al microordenador de vuelo. En la diminuta pantalla del panel de instrumentos recibía la información solicitada. Arnold, aunque especialista en sonido e imagen, era también experto ingeniero.

El planeador despegó en vertical.

El ordenador también le informó de la hora de regreso. Alvin Pickett no le había mentido. Faltaban poco menos de seis horas para el autorretorno programado.

Keenan Arnold pensaba utilizar bien aquel tiempo.

CAPITULO XII

Goldie lloraba y reía a un tiempo. Gruesas lágrimas surcaban el rostro femenino. Lágrimas desmentidas por el brillo de felicidad reflejado en sus ojos. Por la sonrisa de sus gordezuelos labios.

Keenan Arnold besaba el rostro de la muchacha.

Una y otra vez.

La frente, los ojos, las mejillas, los labios... Percibiendo el sabor agridulce de aquellas lágrimas.

—¡Oh, Dios mío! No puedo creerlo...

—No es un sueño —sonrió Arnold, abrazando contra sí a la joven —; aunque también a mí me parece estar soñando.

El sonido del llamador de entrada les hizo separarse.

Arnold acentuó la sonrisa.

— Ese debe ser Jonas.

—¿Tan pronto? Apenas acabo de avisarle.

Keenan Arnold accionó el microprogramador doméstico. Pulsó el video de entrada. En pantalla apareció la imagen de Jonas Gielgud.

—Ahí le tenemos. Tembloroso con un flan —Arnold pulsó el botón que franqueaba la entrada —. No me sorprende su rapidez en acudir. De seguro no ha dado crédito a tu...

Jonas Gielgud entró precipitadamente en el salón.

Se detuvo al contemplar a Arnold.

Parpadeó repetidamente.

—No soy un fantasma, Jonas.

—Creí..., creí que era una trampa —murmuró Gielgud, sin salir de su asombro—. Que habían capturado a Goldie y obligado a... ¡Santo Dios! ¿Cómo lo has conseguido, Keenan? ¿Cómo has logrado entrar en California Sub? Ya te considerábamos muerto. Máxime después de embarcarte con esa condenada Debra. El no recibir comunicación tuya

por el transmisor y...

—Tranquilo, Jonas, tranquilo...

—¿Cómo has conseguido entrar, Keenan?

Arnold respiró con fuerza.

La sonrisa desapareció de su rostro.

—Toma asiento, Jonas. También tú, Goldie. Las noticias no son buenas.

Keenan Arnold comenzó a narrar su odisea. Desde el momento de despegar con Debra. Su salida a la superficie...

Todo.

Una narración escuchada en silencio por Goldie y Gielgud.

Y cuando Arnold terminó de hablar, la palidez de la zucena se había apoderado de las mejillas de Goldie.

Jonas Gielgud había endurecido las facciones.

—Todo este tiempo..., todos estos años... engañados por la Autocracia. Ellos nada hacían en la superficie. Sólo preparar esos viajes espaciales a Bastro. Un éxodo para elegidos. Los demás aquí..., abandonados como ratas...

—La Tierra vuelve a ser habitable, Jonas —dijo Arnold—. Sólo necesita la mano del hombre. Unas manos que sepan cuidarla. Es una tierra enferma, pero puede recuperarse con cuidados.

Sonó la voz de Goldie.

Un susurro apenas audible.

—Esos..., esos salvajes... ¿Quiénes son?

—¿No lo imaginas, Goldie? —respondió Gielgud, con tensa voz—. Son nuestros antepasados. Los que no consiguieron escapar del cataclismo. Cuando la Tierra comenzó a hacerse inhabitable, se inició la construcción de ciudades subterráneas. Más bien grandes refugios atómicos en un principio. Con capacidad para muy pocos. Cada Estado, una ciudad subterránea. También en aquel entonces hubo previlegiados. Se salvaron los más poderosos. Los más fuertes. De todo el estado de California, una sola ciudad subterránea. California Sub. Al igual que en Arizona, Nevada, Utah, Colorado... Un Estado, una

ciudad sólo... Los demás condenados a la muerte. A la asfixia en un planeta irrespirable. Millones de muertos... Nuestra creencia era de que todos cuantos quedaron en la superficie habían perecido, pero no fue así. Algunos sobrevivieron. Sufriendo mutaciones que se han transmitido de padres a hijos. En un abandono total. Entre ruinas de un planeta desolado. Convertidos en salvajes, en caníbales...

—Dios mío...

—Vamos a luchar también por ellos, Goldie —dijo Gielgud, con súbito brillo en los ojos—. Por ellos, por la libertad... y por nuestro planeta. Vamos a salir a la superficie, Goldie. Y conquistar de nuevo la Tierra. No aniquilaremos a esos... salvajes; sino que nos esforzaremos en civilizarles. Los verdaderos salvajes están aquí. En nuestro gobierno. Salvajes que no han querido luchar por nuestro planeta. Que nos han engañado día a día, años tras año... La Tierra vuelve a ser habitable. ¡La Tierra nos espera!

Arnold sonrió señalando unos estuches de video- cassette.

—No vamos a estar solos, Jonas. Todo el pueblo nos apoyará. Todo Sub USA se alzará como un solo hombre. Ahora sí tenemos las pruebas. Las he conseguido con la cámara del planeador. No sólo cintas que muestran un planeta con sol radiante, ríos, bosques, montañas... También he filmado la base de lanzamiento secreta de la V Autocracia. Proyecté una cámara sonda que hizo un buen trabajo. Todo está filmado, Jonas. Vamos a desenmascarar a la Autocracia. Nosotros no engañaremos. La Tierra es habitable, pero es necesario trabajar muy duro para reconstruir ciudades y...

—Nada de eso importa, muchacho. Dejaremos de ser ratas. No más topos en madrigueras. Trabajaremos en la superficie. Bajo el sol, azotados por la lluvia, el viento... ¡Libres ¡Libres! Voy a movilizar a todos los mandos. Todos los jefes de Libertadores en Sub USA. Esas cintas... hay que hacer copias, Keenan... Divulgarlas por todo Sub USA.

—Más que eso, Jonas —sonrió Arnold—. Yo haré que salgan por las cámaras de Tele California Sub.

—¡Magnífico! Ahora debo irme... Hay mucho trabajo... Esta noche nos reuniremos en el cuartel general. ¡El triunfo es nuestro!

Jonas Gielgud abandonó precipitadamente el apartamento.

Con el rostro radiante.

Arnold y Goldie se miraron a los ojos.

—Keenan..., ¿crees tú también en la victoria?

—Sin duda alguna, Goldie. Los días de la Autocracia están contados. Vamos a abrir los ojos a un pueblo oprimido. Vamos a mostrarles algo que desconocen. Algo que les pertenece. El sol, la luna, las estrellas, el mar... Algo que nos pertenece y que jamás debió de sernos arrebatado. Sí, Goldie... La victoria será nuestra.

—Cuéntame otra vez todo, Keenan... Háblame del mar, del sol, de los bosques...

Arnold sonrió.

Besó los labios de Goldie.

Iban a triunfar. Contaban con la fuerza de la razón, de la justicia, de la libertad.

FIN

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO.

EL CABELLO VUELVE A BROTAR DE NUEVO.

LA CALVICIE SUPERADA.

EXITO ALCANZADO POR El DOCTOR ROBERT MARHSALL, RENOMBRADO BIOLOGO E INVESTIGADOR DEJAMA INTERNACIONAL.



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Robert Marhsall

En la última rueda de prensa convocada por el el prestigioso Doctor Robert Marhsall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente

"De los los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, Pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr su propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad raleaban como consecuencia be aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las concentraciones de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo"

"Sus edades oscilaban entre los 28 y 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían "

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías y resultaron un fracaso "

"Durante los primeros quince días ya apreciamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez "

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares, dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo "

(Continúa en la página siguiente)



Antes del tratamiento Durante el tratamiento Despues del tratamiento

"En el tercer mes fue adquiriendo más cuerpo, vigor y volumen, alcanzando al final esa exuberante cabellera tupida, sedosa y larga por toda persona deseada "

"Como garantía les presento unas fotografías auténticas del proceso de recuperación del cabello mediante tratamiento con BIOTIN SOLUTION que se conservan en los archivos de los laboratorios "

"Y por ultimo les diré que BIOTIN SOLUTION es un complejo vitamínico para usar corno masaje del cuero cabelludo, utilizado por sus sorprendentes efectos solamente en centros exclusivos de alta especialización, pero ahora le hemos lanzado directamente al mercado prescindiendo de intermediarios y abaratadnos su precio pata que se pueda seguir el tratamiento en el mismo domicilio, ya que es excepcionalmente eficaz en hombres y mujeres a cualquier edad "

Aquí finalizan las manifestaciones del prestigioso e ilustre Doctor Robert Marhsall sobre el descubrimiento de BIOTIN SOLUTION, maravilloso producto que vigoriza las raíces de los cabellos y estimulando activamente su multiplicación.

Si usted también tiene algún problema de cabello utilice BIOTIN SOLUTION que será su única solución.

BIOTIN SOLUTION es una linda forma garantizada de rejuvenecer y de realzar la belleza.

Aplique usted BIOTIN SOLUTION en su casa y conseguirá esa tupida, voluminosa y superabundante cabellera imprescindible para completar su elegancia.

!NO LO DUDE! Haga usted HOY MISMO su pedido enviando a Marcas Extranjeras. Apartado de Correos Nº 536, Santander, su dirección completa escrita con letra muy clara en sobre cerrado y debidamente franqueado, sin necesidad de recortar y acompañar el boletín de pedido.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso. Precio de cada frasco 1.975 pesetas Gastos de embalaje y envío certificado 225 pesetas

Para el extranjero escriban antes consultando importes.

BOLETIN DE PEDIDO

Marcas Extranjeras, Apartado de Correas nO 536. Santander (España)

Nombre

Apellidos

Calle Nº Piso

Población D. Postal

Provincia

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio ...

ROJO

suspense...

ROJO

acción ...

ROJO

ISBN 84-02-02525-0



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en Españ